

EL PROYECTO

ALPHA

JOSÉ LUIS CABALLERO

Un virus mortífero... una nave con una única superviviente

Lectulandia

Desde la Estación Orbital Titán, en Saturno, la gigantesca nave *Alexander Yuriatin* parte en el primer viaje interestelar de la Humanidad con doscientos cincuenta colonos a bordo. Su destino es la estrella Alpha Centauri, donde un planeta en todo semejante a la Tierra acogerá a sus descendientes tras un éxodo de setecientos años. Pero este ambicioso plan se truncará cuando un pasajero inesperado, un virus mortal, acabe con la práctica totalidad de la tripulación. Helena Vlasova, la única superviviente, tendrá que superar el miedo y la soledad si quiere conseguir que la gran nave no lleve sólo cadáveres a su destino.

Lectulandia

José Luis Caballero

El proyecto Alpha

ePub r1.0

patrimope 26.08.14

Título original: *El proyecto Alpha*
José Luis Caballero, 2011
Diseño de cubierta: Lucrecia Demaestri

Editor digital: patrimope
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Esther, Elena y Elia, mis mujeres

I

Theodor Antic sudaba copiosamente. La temperatura en el interior del estrecho cubículo debía de ser, al menos, de cuarenta o cuarenta y dos grados, y el maldito circuito de refrigeración estaba tan atascado como su vida amorosa. El escáner no cesaba de ronronear anunciando que algo no iba bien, pero lo que realmente no iba bien era el propio Theodor. El sudor le resbalaba a chorros desde el nacimiento de su espeso cabello y varios regueros convergían sobre la punta de su nariz, dejando una gota en suspenso durante unos instantes hasta que se estrellaba contra el suelo metálico de la nave. Theodor sentía algo que le corroía las tripas, probablemente el sucedáneo de chili de la cantina, o la ácida y mala cerveza «de producción nacional», como decía su jefa, Helena Vlasova. Theodor maldijo para sí los circuitos dilatados y atorados y tiró con todas sus fuerzas de la llave inglesa, resoplando como un viejo búfalo. Soltó un par de maldiciones y ante la resistencia de la tuerca empezó a valorar otra vez la posibilidad de meter la máquina arreglalotodo por el estrecho agujero.

—¿Cómo va eso, Teo? —crujió la voz de Helena Vlasova a través de los auriculares.

—Jodidamente mal. Y hace un calor del demonio. Oye, ¿no tenemos una CQ más pequeña?

—Supongo —contestó ella—. En el almacén.

—¿Y quién va a ser tan amable de traérmela?

—No me fastidies, Theodor. Tráetela tú. Yo soy tu jefa, ¿recuerdas?

—Sólo salir de aquí me llevará diez minutos, otros diez para bajar hasta el nivel doce y quince más para volver a entrar...

—Me vas a hacer llorar.

«Púdrete, Blancanieves», pensó Theodor. El dolor del vientre se intensificó al estirarse para pasar por la estrecha abertura. Al menos el aire fresco del pasillo le daría un respiro.

Theodor era de complexión ligera, medía uno sesenta de estatura y pesaba poco más de cincuenta kilos. Tal vez por eso le tocaba siempre la desagradable tarea de meterse en sitios estrechos para reparar las mil cosas accesorias que podían estropearse en una nave estelar, pero de todos modos la salida de la cámara de refrigeración no se presentaba nada fácil. Peleó un rato hasta darse la vuelta y colocarse boca abajo, luego enfiló la salida por el estrecho túnel, apenas un metro hasta el pasillo.

—De acuerdo —dijo la voz de Helena—. Iré yo. No salgas del agujero y espérame...

Cuando se volvió para levantarse de la silla, Helena Vlasova, jefa de mantenimiento del sector 15A de la nave estelar *Alexander Yuriatin*, creyó oír un

ruido, parecido a un gemido, y luego la pesada respiración de Theodor. Miró a la pantalla donde debía verse el campo de visión del técnico y vio ante ella, en un ángulo extraño, el pasillo bruñido y brillante.

—¿Teo? Te dije que arreglaras esa mierda de cámara. Se ve todo torcido.

Helena apretó el auricular, intentando captar algún sonido. Estaba segura de oír la respiración del técnico, pero el pasillo seguía allí, quieto y congelado, como si Theodor se hubiera quedado paralizado.

—Theodor, ¿me oyes? Responde... ¡por Dios! Me tomas el pelo, ¿no? Pues muy bien, ve tú a buscar la jodida CQ, ¿vale?

El largo túnel que separaba las dos estructuras principales de la nave tenía varios nombres, a cual más original. Tren espacial, subestructura de enlace, túnel de servicio... Para los veinte niños de la nave estelar *Alexander Yuriatin* era «la maqueta»; para los de mantenimiento, «la autopista»; y para la mayor parte del personal, «el corredor». Sus seiscientos setenta y seis metros de longitud y sus veinte de ancho eran realmente como la maqueta a escala de una gran vía de comunicación terrestre. Conductos de energía, de agua, refrigerantes, cables ópticos y demás, dos aceras para pasear, un monorraíl y una pista central larga, brillante y blanca como una lengua de nieve. Las curvas paredes de titanio-lantano se abrían por encima, a intervalos, en vidrio orgánico, indestructible, transparente, que ofrecía el espectáculo del oscuro espacio exterior, inmenso y profundo.

—A veces pienso que la única diversión de nuestro mundo es este pasillo —dijo Helena, acomodándose en el *buggy*.

A su lado, la doctora Dolores Hart, su amiga y compañera de habitación, sonrió levemente:

—Uno, un tercio —ordenó a la máquina—. Sí, tiene su encanto.

El vehículo se lanzó hacia adelante a una velocidad moderada, dejando atrás la estructura Dos, una esfera de trescientos treinta y ocho metros de diámetro semejante a una gran colmena e idéntica a la Uno; espacio vital para la mitad de los doscientos cincuenta tripulantes de la nave. Reclinada en el asiento, Helena se ajustó mejor las gafas negras y disfrutó del paseo, sobrepasando a solitarios paseantes, a los potentes focos de luz blanca y a pequeños y recoletos espacios, pensados para que dos personas se sentaran frente al infinito.

—Es incómodo eso, ¿no? —dijo Dolores.

—¿Eso?

—Sí, eso de ser albina y tener que ir siempre con las gafas y embadurnada de protector... eso.

—Una se acostumbra. En la Tierra sería mucho peor. Me han dicho que hay zonas donde nadie puede prescindir de las gafas oscuras o las lentillas. No sé qué haría yo

allí.

—Sí. —Dolores movió la cabeza, mirando hacia adelante—. Supongo que tiene sus desventajas.

—Las tiene. Pero no me negarás que tengo cierto morbo. —Las dos mujeres rieron—. Aunque no me sirve de nada. No ligo ni a la de tres.

—¿Ni siquiera con Teo? —preguntó Dolores.

—¿Con esa especie de neandertal? —Rieron de nuevo—. Tendría que estar muy desesperada. Lleva fatal lo de tener a una mujer como jefa. Es como un viejo fósil. Y a propósito, ¿sabes algo de lo que le pasa?

—No. Todavía no. —Dolores Hart sacudió la cabeza—. Aunque hay más casos en el hospital. Supongo que esta mañana me traerán muestras para analizar... Los médicos dicen que debe de ser un virus, o tal vez una bacteria, pero no han logrado clasificarlo. Es muy raro.

—Yo conozco a un par de individuos que tampoco sabría cómo clasificarlos. —Helena rió—. ¿Sabes? Desde la última charla con el psicólogo, he empezado a pensar que...

—¿Qué?

—No te rías. La posibilidad de... tener un hijo.

—¡No me digas! ¿Con alguien en particular?

—No lo sé. —Helena rió de nuevo—. Se trata de encontrar al padre adecuado y... Ya llegamos.

El *buggy* frenó suavemente y se pegó al bordillo de la estación de entrada. A aquella hora, diez de la mañana según los horarios de la Tierra, no había demasiado movimiento, apenas un puñado de personas frente a los ascensores, una joven guía con el uniforme rojo, un par de técnicos charlando en otro *buggy* y una pareja sentada en la cafetería haciendo manitas.

—Bien —dijo Helena—, ya seguiremos este interesantísimo chismorreo a mi costa. ¿Nos veremos esta noche?

—Por supuesto. Daré recuerdos de tu parte al neandertal.

La doctora Hart vaciló un momento antes de entrar en el despacho del doctor Franklin, jefe de los servicios médicos. A pesar de sus años de experiencia, no podía evitar ponerse nerviosa cuando tenía que hablar con algún superior, aunque éste fuera una persona de su misma edad y más un compañero que un jefe.

—¿Cómo estás? —le preguntó Franklin, estrechándole la mano—. Has trabajado demasiado estos días.

—Hay mucho por hacer —contestó.

—Sí, siéntate. Ya sé que te he distraído, pero es importante.

—Sí, me imagino —dijo Hart—, pero no sé por qué tengo que ir yo. Tú estás al tanto de todo lo que mi equipo está haciendo.

—Lo sé, sí, pero Smithson insistió en que fueras tú la que le contara a la almirante cómo van las cosas. Bien, ¿cómo lo ves?

—Haré lo que pueda.

—Sólo tienes que contar lo que has descubierto. Eso es todo.

—Bien.

—Pues vamos allá.

La sala de reuniones era una estancia amplia y sin vistas al espacio exterior. Probablemente porque era un sitio para trabajar y los diseñadores no habían querido introducir ni un solo motivo de distracción. La doctora Hart entró acompañada de John Franklin y saludó con una inclinación de cabeza.

En la gran mesa metálica del centro de la sala había sólo dos personas, el comandante Smithson, segundo oficial de la *Alexander Yuriatin*, pero también biólogo e investigador, y la almirante De Lattre de Tassigny, comandante de la nave y máxima responsable de la misión.

—Siéntese, doctora Hart, por favor. Lamento haber interrumpido su trabajo —dijo la almirante con voz suave.

De Lattre era una mujer alta y delgada, con el pelo hirsuto y muy blanco y de una edad incierta, aunque no más de sesenta años, justo en el límite de edad para la tripulación.

—Gracias —dijo la doctora, tomando asiento en un extremo de la mesa.

—Hemos considerado oportuno —siguió De Lattre— pedir su colaboración. Necesitamos información de primera mano y estamos seguros de que usted es la persona adecuada. ¿Le apetece una taza de té?

La doctora se fijó en que no había tetera ni ninguna taza en la mesa.

—No, no, gracias.

—El doctor Franklin —siguió De Lattre tras un ligero carraspeo— nos ha informado de que ha analizado usted a conciencia... el causante de la enfermedad —dijo, mirando su pantalla— del síndrome de insuficiencia respiratoria, ¿no es cierto?

—Sí, sí, señora. En mi informe...

—He leído su informe —la interrumpió De Lattre—, pero queremos saber qué opina usted. La consideramos, por supuesto, la mejor investigadora de los planetas exteriores, y una de las mejores de la Tierra.

—Gracias —murmuró Hart un poco nerviosa—. Bien —titubeó un instante, pero inmediatamente hizo acopio de energía y se lanzó—, se trata, como dice el informe, de una variedad muy virulenta de la bacteria conocida como legionela, o al menos se parece remotamente a ella. Tiene el mismo comportamiento, que yo sepa; es una gram negativa, pero presenta una forma algo diferente, mayor agresividad y sobre

todo una velocidad de fisión que nunca había visto hasta ahora. Aún no conocemos sus efectos completos, salvo los derivados de la observación, es decir, sus síntomas, aunque me temo que puede ser muy grave... En mi opinión, pienso que, en un porcentaje de probabilidades muy alto, nos enfrentamos a algo muy peligroso para lo que, me temo, no estamos preparados. Tenemos el mejor hospital que jamás haya tenido la humanidad, en todos los sentidos, incluido un laboratorio capaz de analizar cualquier cosa, pero para eso hace falta tiempo y me preocupa precisamente esa relación entre desarrollo e investigación. Se desarrolla demasiado rápido, y si fuera mortal... no llegaríamos a tiempo.

Franklin intercambió una mirada con la almirante. La doctora Hart notó un crujido que salía de alguna parte indeterminada de la habitación, hasta que fue consciente de que eran sus propios dientes apretados.

—¿Qué quiere decir a tiempo? —preguntó la almirante.

—Quiero decir —dijo Hart— que si en cuarenta y ocho horas, como dice el informe, ha muerto el primer paciente, en los próximos tres o cuatro días pueden morir los otros diez. Eso apenas nos da tiempo de descubrir el comportamiento de la bacteria y faltaría todavía encontrar el modo de eliminarla o de atacar sus efectos... sin contar el previsible aumento de los casos.

—¿Cómo se transmite?

—Estoy segura de que por el aire.

—Dice usted —dijo De Lattre, consultando de nuevo su pantalla— que está trabajando en descubrir cuáles son las células anfitrionas. ¿Ha descubierto algún indicio?

—Creo que sé cuál es... bien... creo saberlo.

—¿Lo sabe o cree saberlo? —preguntó De Lattre.

—Aún no tengo el resultado de los cultivos. Necesito treinta y seis horas más. Es sólo una suposición. Estaba haciendo las pruebas cuando me han llamado. Aún no hay resultados y pensé que...

—Díganos, doctora —apremió la almirante—, ¿dónde cree que se aloja nuestro huésped?

—Creo que en los melanocitos. Sí, eso creo. Las probabilidades son altas, pero todavía no puedo estar segura.

—¿Cuándo tendremos algo concreto?

—Depende de los cultivos. Unas treinta y seis horas para tener un estudio completo.

—Bien —dijo De Lattre tras un silencio—. No la entretengo más. Continúe con su labor y mantenga informado al doctor Franklin de cualquier avance, por pequeño que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... sí, sí, almirante. Gracias.

—Gracias a usted, doctora.

Dolores Hart abandonó la sala y pareció como si una losa de plomo hubiera caído sobre los presentes.

—Es mortal —dijo Franklin, sombrío, y añadió—: Y ahora sabemos por qué ocho de los diez afectados son de piel negra.

—¿Se puede atajar la propagación? —preguntó abruptamente la almirante De Lattre.

—Es demasiado pronto para saberlo —contestó Franklin, negando con la cabeza—. Tendríamos que ver cómo evoluciona el resto de los pacientes con la medicación...

—¿Qué les administran? —interrumpió Smithson.

—Inhibidores y algunos derivados de la eritromicina que estamos sintetizando sobre la marcha. Si fuera cierto lo que dice la doctora, podríamos administrar también cefalosporinas experimentales, de la serie Z, o bien tratar al paciente con monobenzona e hidroquinona a fin de eliminar los melanocitos que alojan el virus. El láser...

—¿Blanquear a nuestros enfermos? —murmuró Smithson—. Eso podría provocar cambios con efectos imprevisibles, tal vez un brote de cáncer de piel.

—Tal vez —dijo Franklin—, pero el cáncer es tratable y curable.

—El primer enfermo —Smithson consultó su pantalla—, Christian Samo, suboficial de primera clase destinado en el módulo Uno, ha fallecido hace menos de una hora. El segundo paciente, Sara Weaver, jefa de servicios de mantenimiento en A14, ha entrado en coma, y cuatro enfermos más presentan un cuadro neumónico avanzado.

—Y hace apenas cuarenta y ocho horas de la aparición del primer caso —añadió Franklin.

—¿Qué opina usted? —preguntó De Lattre con el ceño fruncido.

—Diez casos entre doscientas cincuenta personas es una epidemia —respondió Franklin—. Y un diez por ciento de muertes, por ahora, es ya de por sí muy elevado. Creo que deberíamos ponernos en comunicación con Titán y solicitar instrucciones. Tal vez... tal vez, deberíamos cancelar el proyecto Alpha Centauri —dijo Franklin titubeando.

—Bien, señores. —La almirante se puso en pie—. Gracias por su colaboración.

Franklin salió de la sala. De Lattre hizo una seña a Smithson y volvió a sentarse con aire abatido.

—¿Cancelar la misión? —preguntó Smithson.

—Es la opinión del doctor, pero no la mía, desde luego —respondió De Lattre—, y espero que tampoco sea la suya, aunque... no tenemos muchas alternativas. Voy a enviar un informe a Titán inmediatamente. En veinticuatro horas se pondrá en marcha

la tercera fase de impulso de la nave. Una vez entremos en esa fase estaremos solos. Se acabó. Dependerá exclusivamente de nosotros encontrar el modo de atajar la enfermedad. Si he de ser sincera... no veo confianza en la actitud de nuestro equipo médico. Y la alternativa...

—La alternativa es detener la tercera fase y abandonar la nave. Utilizar las auxiliares y regresar a Titán. Cancelar la misión —dijo Smithson con un deje de tristeza.

—Y perder miles de millones, años de trabajo y la ilusión de toda la raza humana —añadió De Lattre—. Sí. Es una decisión terrible. Y nosotros debemos tomarla.

—Hay algo que... almirante, si me permite... —dijo Smithson.

—Sí.

—Si abandonamos la *Yuriatin* en las lanzaderas, tardaremos... ¿un año en regresar a Titán?

—Sí, algo así, tal vez más —respondió la almirante.

—Entonces, ¿de qué nos sirve abandonar la nave? Si la epidemia se propaga de un modo incontrolable, enfermaremos todos en las lanzaderas, y si la mortalidad crece, regresaremos a Titán igual de muertos.

—Podríamos utilizar la hibernación.

—¿Para veinte personas? Es toda la capacidad de las unidades criogénicas. El resto moriría y de paso propagaría el virus. Contaminaríamos todo el sistema de Titán. Nos quedaríamos sin tripulación en activo nada más salir y podríamos acabar perdidos en el espacio o estrellados contra Saturno. Y los que lleguen sanos, salvos y congelados a Titán... allí no hay mejores instalaciones que aquí para combatir la plaga...

—Entiendo. —La almirante hizo una pausa—. ¿Y un equipo médico que trabajara mientras tanto intentando encontrar un remedio?

—Entonces, ¿qué más da ir hacia un lado que hacia otro? —insistió Smithson—. Estamos abandonados a nuestra suerte, vayamos donde vayamos.

Hubo un silencio. El razonamiento de Smithson era impecable.

—Estoy de acuerdo. Tenemos el mejor laboratorio del sistema solar, los mejores investigadores. Informaré al control de la misión y seguiremos adelante. Eso es todo, comandante.

II

Victor Marek, periodista al servicio de la agencia EAP, contempló la inmensa sala central del Cecom, el Centro de Comunicaciones de Titán, en órbita alrededor del satélite de Saturno. Antaño, con un cuarto de su superficie, había sido la Estación Titán I, pero construidas en la superficie del satélite las dos estaciones mineras, se había reconvertido en la base para el salto más fantástico que jamás hubiera dado la Humanidad, el viaje al sistema Alpha Centauri.

El lugar era poco menos que un caos en el que a Marek le costaba encontrar su lugar. En la sala, del tamaño de un transatlántico, cientos de técnicos, ingenieros y ayudantes pululaban entre terminales, pantallas táctiles y cuadros de mando. Pequeños *buggys* individuales y ascensores llevaban arriba y abajo al personal civil y militar. Las enormes pantallas ofrecían fantásticas visiones del sistema de Saturno y cuatro panorámicas desde diferentes ángulos de un objeto lejano semejante a las pesas de un levantador, la nave estelar *Alexander Yuriatin*.

Con las manos en los bolsillos, Marek paseaba por uno de los corredores centrales, observándolo todo con aire distraído, grabando con la minicámara situada sobre su hombro y con los micrófonos repartidos por su ropa. El resultado, cuando se decidiera a editarlo, sería un gran volumen de información sonora y visual, de la que difícilmente aprovecharía apenas un uno por ciento.

Recién llegado a Titán, desde su base en la ciudad de Marstown, en Marte, todavía no había conseguido habituarse a la distancia, la enorme distancia de todo lo que conocía hasta el momento. Le había sorprendido el tamaño de la estación, casi el doble que la ciudad marciana de la que provenía, lo que confirmaba la tesis de su director de informativos: «Las cifras no dicen nada, hijo, lo tienes que ver. Todo lo tienes que ver».

Y lo había visto. Una estructura en el espacio de casi 300 kilómetros cuadrados y cuarenta mil habitantes. Pero lo más interesante de todo, aparte de sus locales de ocio y sus profesionales del sexo, expertos en ingravidez, era que la finalidad de todo aquel gigantesco complejo estaba al servicio del ambicioso proyecto Alpha Centauri, la salida del hombre al espacio exterior.

—Ve a Titán y cuéntale a la gente cómo es la partida de las carabelas —le había dicho su jefe.

Y allí estaba él, cincuenta años, marciano de nacimiento, no muy alto, delgado y lampiño, con treinta años de periodismo a sus espaldas en la Tierra, en Marte y en las estaciones espaciales, dispuesto a contarle a doscientos millones de personas, o a dos o tres mil millones si había suerte, los últimos instantes de vida en el sistema solar para los tripulantes de la *Alexander Yuriatin*.

—¿Le gusta lo que ve? —dijo la teniente Ivanovna a su espalda.

—¡Ah! Hola, teniente. Impresiona sí, pero no estoy seguro de que me guste. ¿No tienen un bar por aquí?

—En el nivel inferior. Aquí sólo se trabaja.

—Ya. Me he percatado. Y dígame, teniente, ¿usted no baja nunca al estadio inferior?

—¿No estará intentando invitarme? —preguntó la teniente con una media sonrisa.

A Marek le había encantado que le asignaran como guía a una mujer, pero a pesar de encontrarla atractiva, no era nada fácil tirarle los tejos. La teniente Ivanovna era lo más parecido a una máquina de combate. Tan dura y tan helada como el mismo satélite bajo sus pies, o sobre su cabeza, no estaba muy seguro. Aunque tal vez era sólo el aspecto militar de su personalidad.

—Nada más lejos de mis intenciones, teniente —respondió Marek—. Más bien querría tomar un trago de algo que no sea agua reciclada de pipís.

—Tiene usted un modo muy particular de verlo. Tal vez cuando acabe mi servicio.

—Dígame —dijo Marek, señalando al frente—, ¿eso es el cronómetro?

—Eso es. El cronómetro de la operación Alpha Centauri. Faltan veintitrés horas y doce minutos para iniciar la tercera fase de los motores.

—Como en los viejos cohetes, ¿no?

—Algo así —dijo la teniente, colocándose a su lado—. Y no sabe usted lo que daría por estar ahí dentro, en la *Alexander Yuriatin*.

—¿No está usted casada?

—No. ¿Y usted?

—Ya no —dijo Marek, rebuscando en sus bolsillos—. ¡Por el espacio! Todavía no me he acostumbrado a no fumar. No hago más que buscar el paquete de Galvay.

—Creí que estaba prohibido también en Marte.

—Sí, pero ya sabe lo que dicen de las normas. ¿No pudo ir como tripulante por alguna razón?

—No. Ninguna en especial. Lo solicité y me lo denegaron, así de simple, como a otros miles.

—Qué pena.

—Es usted un poco cínico, ¿no?

—No más que otros periodistas. ¿Sabe? He visto muchas cosas y cuando me propusieron hacer este reportaje, pensé que era una buena idea viajar a Titán. Si todo va bien, pasaré aquí unas semanas, informaré a nuestro querido planeta madre de cómo sus hijos salen disparados a la nada y luego, si el viaje de vuelta no acaba conmigo, tal vez me retire. Tengo una granja en Australia, en Queensland. Agua, sol, pastos y soledad. Y ése es mi interés en la operación Alpha Centauri.

—Me asombra usted —dijo la teniente.

—Créame, yo también me asombro a mí mismo.

—¿Entonces qué opina de la gente que ha embarcado en la *Yuriatin*?

—Qué importa lo que opine yo.

—Usted va a informar a la Tierra —dijo Ivanovna con un deje de reproche—. Importa, y mucho, lo que usted piense. Puede transmitir esperanza y fe en lo que se está haciendo o desgana y sensación de que es totalmente inútil.

—No me creo tan importante. Fíjese en esa gente. ¿Cuántos son? ¿Doscientos cincuenta? ¿Ha oído hablar de la leyenda del arca de Noé?

—No. No he oído hablar de la leyenda del arca de Noé.

—No se enfade conmigo. Acompañeme a dar una vuelta y se la contaré.

Marek la tomó del brazo y se la llevó entre las filas de consolas, pantallas y técnicos.

—Es muy interesante —dijo la teniente después de oír su explicación—. Un mito es sólo eso, un mito. Se mitificaba el origen de las personas, de los defectos humanos o de la historia, y ese mito cuadra muy bien con lo que van a hacer esas personas.

—Sí, pasarse la vida encerrados en una lata.

—No me haga reír. ¿Y qué me dice de nosotros? ¿O de los habitantes de la Tierra? ¿No estamos todos encerrados en mayor o menor medida?

—Sabe usted a qué me refiero, teniente —dijo Marek malhumorado—. Setecientos años. Esa cosa se va a pasar setecientos años vagando por el espacio hacia ninguna parte. ¿Cree usted siquiera que acertarán en la estrella Alpha del Centauro? Ni siquiera pueden saber eso. ¡Por todos los dioses! Si sólo fuera una cuestión de puntería, ya sería un desastre... Esa gente y sus descendientes, si es que los tienen, van a ir hacia la nada durante una eternidad, si antes no mueren todos por un... accidente, o un choque con algo, o simplemente de aburrimiento. No entiendo qué hacen allá arriba. Mire, yo me he tomado este viaje a Saturno como una jubilación porque hay que pasar media vida hibernado, y esa gente va al fresco. Ya ve si es un viaje sin sentido que ni siquiera los hibernan, ¿para qué? ¿Para que estén cien años viviendo en su lata en lugar de cincuenta?

—¿Cree usted saberlo todo? No ha entendido nada, señor Marek, nada de nada.

—Pues explíquemelo. Me gustaría entenderlo, le aseguro que me gustaría mucho.

—Esa gente no viaja, señor periodista. No viaja. Esa gente vive, simplemente vive, está viviendo su vida en una nave espacial, en su arca de Noé. Eso es todo. Como usted y como yo, como los millones de habitantes de la Tierra, con la única diferencia de que ellos sí van a alguna parte, señor periodista. Somos nosotros los que damos vueltas sin sentido. ¿Por qué cree que no van congelados? Están viviendo su vida.

Victor Marek se quedó con la palabra en la boca mientras la teniente Ivanovna se adelantaba a grandes zancadas.

Unos metros más adelante, una sólida escalera metálica conducía hasta el verdadero centro neurálgico de la estación de comunicaciones. Y algo en el interior de la sala acristalada llamó la atención de Victor Marek. Dos oficiales discutían a viva voz, aunque las voces no lograban atravesar el grueso cristal. Uno de ellos, un joven con galones de mayor, pálido y de cabello pajizo, salía en aquel momento a toda velocidad de la sala de mando, hablando por su pequeño intercomunicador y casi atropellando a Ivanovna. Pasó rápidamente a menos de un metro de Marek, quien sólo acertó a captar la palabra «horas» y algo así como «retorno» o «retro», o algo parecido. En un momento, el instinto de Marek se disparó, como si hubiera aparecido una pieza frente al arma del cazador. Subió despacio la escalera de la cabina de mando donde la teniente hablaba con el centinela armado. Ahí tuvo el primer tropiezo de su recién estrenada misión cuando el soldado de guardia le paró en seco, poniéndole la mano sobre el pecho.

—No puede pasar, señor.

—Claro que puedo pasar, soldado. Tengo un pase especial del comandante en jefe de la estación. Dígaselo, teniente.

—Los pases han sido anulados —dijo Ivanovna.

—No me diga. ¿Qué pasa ahí? ¿Quién dice que han sido anulados?

—La alarma, señor Marek.

—No he oído ninguna alarma. ¿Nos atacan los alienígenas? —Se volvió hacia el soldado—. Déjeme pasar. Estoy en mi derecho.

—No, señor —insistió Ivanovna—. Ha sonado la alarma silenciosa y todos los pases han quedado anulados.

Marek siguió la mirada del soldado, que le señalaba hacia una columna cercana y, efectivamente, el periodista vio parpadear la luz roja, en silencio.

—Será mejor que nos vayamos, señor Marek —dijo la teniente.

—¿Quién nos ataca, naves desconocidas? ¿Alguien de los suyos se ha vuelto loco? —preguntó, inclinándose al oído del soldado.

—No puede pasar, señor —dijo el centinela sin pizca de sentido del humor. Sus ojos oscuros y fríos y el arma que empuñaba con fuerza acabaron por disuadir a Marek.

—De acuerdo. Vámonos.

—¿Qué sucede? —preguntó Marek.

Ivanovna acababa de hablar por su intercomunicador y lucía una expresión aún más seria que de costumbre.

—La verdad es que no lo sé. Se ha dado la alarma en toda la estación y se me ha ordenado que cuide de usted.

—Que me vigile quiere decir.

—Lámelo como quiera, pero lo cierto es que no sé qué pasa.

—Pues habrá que averiguarlo, ¿no le parece? —Marek sonrió—. Necesito hablar con el jefe del proyecto...

—Me temo que no va a ser posible. Está reunido.

—Ahí. —Marek señaló a la cabina de mando, donde todo parecía haber vuelto a la normalidad, aunque las luces rojas seguían parpadeando. Del alto oficial que discutía acaloradamente, ni rastro.

—¿Adónde han ido todos? —preguntó.

—Ya se lo he dicho, a una reunión.

—Mire, teniente —dijo Marek, moviendo el hombro para enfocarla con la cámara—. Hagamos un trato. Yo le prometo no decir ninguna tontería más contra los tripulantes de la *Yuriatin*, ni siquiera en línea, y usted consigue que hable con el director Lubistch. ¿De acuerdo?

—Para empezar desconecte eso —ordenó la teniente.

—Eso está hecho —obedeció Marek. Desconectó la cámara principal y, automáticamente, conectó discretamente la mini de su solapa.

—Y sus micrófonos.

Marek manipuló en su muñequera.

—Ahora escúcheme —siguió Ivanovna—: La alarma no tiene nada que ver con esta estación. No sucede nada. Es sólo un medio de poner un poco de orden, de retirar de los pasillos a la gente que no hace nada y evitar que la prensa, es decir, usted, se meta donde no le llaman. ¿Está claro?

—Eso quiere decir que si aquí no hay problemas, los hay en la *Alexander Yuriatin*.

—Yo no he dicho eso.

—Vamos, teniente. No van a ser problemas en mi granja de Queensland. Hay una alarma. Si aquí no pasa nada, pasa en el objeto de toda esta estación. ¿Con quién hablaba?

—No puedo decir nada a ese respecto —insistió Ivanovna.

—Entonces, ¿para qué tengo que desconectar la cámara? —Hizo ademán de volver a conectarla.

—Espere. ¡Maldita sea! De acuerdo, es en la *Alexander Yuriatin*. Algún problema, no sé qué pasa, y eso se lo puede creer. No tengo ni idea.

—Sí. Bien. La creo, pero tengo que hablar con Lubistch.

—Haré lo que pueda.

—Estupendo.

El siguiente paso de Victor Marek fue meterse en su habitación del pomposamente llamado Hotel Carlton-Titán, de apenas veinte metros cuadrados, y

ponerse a trabajar en la edición del material grabado. No había gran cosa, pero hizo hincapié en las imágenes de idas y venidas nerviosas de algunos mandos de la estación y en las palabras de la teniente Ivanovna. Grabó treinta segundos con su alocución y finalmente consiguió un multidocumento de menos de tres minutos y unas quinientas palabras de texto con un título sugestivo: «Peligra el arca de Noé», y lo colocó en la red subespacial. Antes de quince minutos, los diez mil millones de habitantes del sistema solar sabrían que algo grave estaba pasando y entonces ya no tendría sentido el secreto.

Cuando salió del hotel, las luces rojas de la alarma silenciosa se habían apagado. Los pasillos del color del acero estaban desiertos y las pantallas, mudas, seguían ofreciendo una gran variedad de imágenes, desde los anillos de Saturno a la nave, que parecía pequeña y frágil, pasando por imágenes informativas de la Tierra, paisajes lunares y películas de aventuras. Bajó al nivel inferior por una de las escaleras mecánicas y se metió en el primer antro que encontró, una sala oscura, llena de gente y de ranuras expendedoras de cualquier cosa.

En las pantallas se repetía lo mismo que había visto fuera, además de un par de películas pornográficas, y se quedó frente a un informativo mientras pedía cerveza en voz alta a una de las máquinas.

El noticiario tardó veinte minutos en incluir su trabajo y Marek lanzó una exclamación obscena cuando lo vio reducido a veinte segundos, un miserable spot con algunas imágenes de Titán, de la *Yuriatin*, y apenas unas líneas de texto donde había anunciado el poco tiempo que faltaba para la tercera fase. Nada de la alarma, ni de la charla con Vlasova.

Furioso, Marek intentó navegar por la información desde su agenda digital, pero no había nada, ni una simple referencia. El resto de cadenas informativas lo mismo, no hablaban más que del inminente encendido de la tercera fase de los motores, el motor lumínico que enviaría la nave en un viaje sin retorno hasta Alpha Centauri.

—¡La madre que os parió! —exclamó en voz baja.

Cuando salió de la cafetería, el puñado de clientes seguía pendiente de las pantallas. Apenas había emergido Marek al nivel superior cuando vio acercarse a la teniente Ivanovna. Con ella venían dos soldados con la negra y peligrosa arma láser colgada del hombro.

—¿Señor Victor Marek? —dijo la teniente, lívida y casi sin desencajar la mandíbula.

—Pues claro, ¿tanto he cambiado? ¿Ha tenido Lubistch algo que ver o son sólo mis jefes?

—Queda usted detenido.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde me va a encerrar?

La teniente hizo un gesto y, en menos de cinco minutos, Marek se contestó a sí

mismo.

—Le llamamos la ducha —dijo la teniente.

Marek vio una especie de armario con una litera y un agujero en el suelo.

—No me harán eso...

—Por supuesto que sí. No se preocupe. Se le administrará un tranquilizante en el aire para que no sufra claustrofobia. Estamos autorizados por el reglamento de control de la estación a mantenerle encerrado hasta que se disponga su salida. Ha sido dada la alarma y usted ha contravenido la orden expresa de mantener el silencio de las comunicaciones.

—Eso es una estupidez y no me meteré en ese agujero.

—Se meterá, señor Marek. Ya lo creo que se meterá.

III

Mientras se embadurnaba de crema protectora, Helena observó en la pantalla, convenientemente oscurecida, cómo el reloj desgranaba la cuenta atrás para el encendido de los motores fotónicos, el «nohar», como lo llamaban coloquialmente, el «No Hay Regreso».

La cabina permanecía en una oscuridad casi absoluta, con una débil luz infrarroja, suficiente para las necesidades de sus ojos, excesivamente claros para soportar la luz. Se sentía bien, relajada tras la ducha de aire caliente y lo bastante cansada como para dormir siete u ocho horas de un tirón, pero en vez de eso se sentó frente a la pantalla y solicitó comunicación con el hospital.

—Sí, soy Helena Vlasova, ingeniero jefe de mantenimiento del sector Uno. Solicito información sobre el estado de Theodor Antic.

La respuesta «información confidencial» la dejó sorprendida. Insistió, solicitando una explicación, pero el sistema permaneció mudo. Conectó después con el canal de noticias para constatar que seguía en línea la misma información que a primera hora de la tarde. Los casos de lo que se calificaba de «neumonía» habían aumentado en un trescientos por cien y se había establecido una cuarentena general, prohibiendo la circulación del personal fuera de sus zonas de emergencia. No se daba información personalizada.

Mecánicamente, Helena se puso un albornoz y volvió a sentarse frente a la pequeña pantalla. Marcó el número de Dolores y esperó hasta que la imagen de su amiga, peinada y maquillada como para una fiesta, apareció sobre un fondo azul cobalto.

—Hola. No soy Dolores, soy el contestador de Dolores —dijo su voz—. Ahora no estoy visible. Deja un mensaje cuando quieras...

—Dolores. Dolores, soy yo. ¿Estás ahí? Vamos, contéstame...

Sólo le respondió el silencio absoluto; ni un ruido, ni siquiera la insoportable música de fondo.

La despertó el pitido del comunicador y de un vistazo vio la hora en el reloj luminoso; apenas tres horas de sueño. «A toda la tripulación. Aquí el centro de seguridad de la nave estelar *Alexander Yuriatin*. Todo el personal fuera de servicio acuda a los puntos de reunión, repito, todo el personal fuera de servicio acuda a los puntos de reunión».

No era exactamente una alarma, pero meses de entrenamiento surtieron su efecto, y en menos de tres minutos, el amplio cruce de pasillos en el nivel siete acogía a una decena de personas. No obstante, Helena frunció el ceño preocupada. Según las

normas de seguridad de la nave, aquel punto debía reunir aproximadamente a unas cuarenta personas, descontadas las que en aquel momento estuvieran de guardia.

Frente al exiguo grupo, la pared se iluminó con una gran pantalla holográfica en la que apareció la almirante De Lattre de Tassigny. Vestía el sobrio uniforme gris de la flota espacial, únicamente con los tres galones dorados de almirante sobre la bocamanga. Llevaba la cabeza descubierta, con el pelo corto y las pobladas cejas que le habían valido el sobrenombre de doctora Nietzsche. Helena la encontró más cansada y demacrada que el día anterior en la sala de reuniones, como si no hubiera dormido, y se fijó también en sus esfuerzos para sonreír, de modo que cuando lo intentaba, sólo conseguía esbozar una extraña mueca, como si invisibles hilos le estiraran hacia arriba las comisuras de los labios. El gran tamaño de la imagen, el doble de la estatura normal, hacía que fuera más evidente su patético esfuerzo por mostrarse simpática.

—Como ya deben de saber —decía, forzando la voz—, dentro de seis horas procederemos al encendido de los motores terciarios, lo que implica que no hay vuelta atrás, el real y verdadero inicio de nuestro viaje. Todos ustedes conocen las implicaciones de esta acción y para ello se han preparado durante años...

Helena se distrajo mirando a su alrededor mientras con voz cada vez más teatral, la almirante seguía situando la operación Alpha Centauri por encima del nivel del descubrimiento de América o el salto a Saturno. No obstante, había algo que a Helena le iba entrando poco a poco, inundando su mente como una marea negra. ¿Dónde está la gente? ¿Qué está pasando?

La almirante cerró el comunicador y se sentó en el sillón giratorio. Lo dejó balancear un poco hasta encararse con el gran ventanal abierto al espacio, negro y con unas cuantas manchas de estrellas arracimadas. No había podido quitarse de encima la opresión en el pecho. En cierto modo, a pesar de la seguridad de estar cumpliendo con su deber, se estaba abriendo paso en la terrible angustia del fracaso. Su silencioso asistente se acercó con la tetera en la mano y De Lattre se percató del violento temblor de sus manos, lo cual hizo que el líquido se derramara fuera de la taza.

—Perdón, almirante. No me encuentro muy bien.

—No importa, capitán. Sería mejor que fuera al hospital.

—Preferiría quedarme aquí, almirante, si no le importa.

—Green. No está usted en condiciones. Le ordeno que se vaya al hospital...

—A la orden —dijo el capitán Green, y en el mismo momento se derrumbó en el suelo, como un muñeco roto.

De Lattre era una mujer fuerte, pero fue incapaz de levantarlo del suelo, y a duras penas lo consiguió ayudada por un enfermero que acudió a su llamada. De pronto, sola en el despacho, se dio cuenta de que todos sus ayudantes y los más altos oficiales

de la nave estaban en el hospital o habían muerto: Lourenço, jefe de ingenieros, y Smithson, y ahora Green. Rozó la derrota por un momento, pero no había peleado en las dos últimas guerras para rendirse ante la adversidad, así que, estirando el cuerpo, elevó la barbilla y salió del despacho.

No había nadie en el pasillo, ni en los ascensores. La primera persona con la que se cruzó fue otro enfermero, visiblemente afectado, a quien tuvo que ayudar a llegar al hospital. En cierto modo se alegró de la actividad en el centro médico, posiblemente el único lugar de la nave en el que todo parecía normal.

—¿Puedo hablar con el doctor Franklin? —preguntó a un oficial médico.

—El doctor Franklin ha fallecido hace una hora.

—¿Cómo no se me ha informado?

—¿Cómo? —le espetó el oficial al borde de un ataque de histeria—. ¿Que cómo no se le ha informado? ¿Es necesario informarle de que hemos superado el setenta por ciento de bajas? ¿Es necesario informarle de que esta nave se queda muerta a pasos agigantados?

—Compórtese —exigió la almirante, mirando de reojo al puñado de personas que se habían vuelto para mirarles. En los ojos de todos ellos, personal médico y pacientes, vio las huellas de la enfermedad: los ojos enrojecidos, la piel amarillenta, la mucosidad desbordándoles, las manos temblorosas.

—¡Por Dios! —murmuró la almirante—. ¿Y el doctor... Schumacher?

—Schumacher está en coma, almirante. ¿Cuándo va a parar esta locura? ¿Cuándo vamos a regresar?

—Eso, ¿cuándo vamos a volver? —dijo otra voz.

—Queremos regresar —añadió otra.

—¡Doctora! —exclamó de pronto De Lattre.

La doctora Hart acababa de aparecer en la estancia. La enfermedad parecía respetarla todavía, pero su rostro era la viva imagen del cansancio y la desesperación. Le hizo una seña y se metieron en un pequeño despacho donde fallaba el aire acondicionado y el frío se estaba dejando sentir.

—¿No pensará seguir con esto? —dijo Hart.

—¿Seguir con esto? ¿Qué quiere decir?

—¿No van a cancelar la misión? Dentro de cuatro horas saldremos disparados al espacio exterior sin posibilidad de regresar.

—No serviría de nada —susurró la almirante—. Hay que encontrar una solución médica ya.

—Pues olvídalo. Será mejor que haga algo o esta nave sólo llevará cadáveres.

—¿Qué hay de sus análisis? Usted encontró el anfitrión y conoce el virus. Debe de tener alguna línea de investigación...

—No hay tiempo, almirante. La enfermedad avanza a pasos agigantados. La

mortalidad es ya del ciento por ciento, hemos perdido el control. El doctor Franklin lo ha intentado todo, pero él mismo ya ha muerto. Se acabó. O para usted el nohar o esto ya es historia.

—Es inútil.

—¿Es inútil? —murmuró la doctora.

—El sistema de propulsión es un todo, un gran reactor fotónico, ya está funcionando y no se puede detener una reacción en cadena. Es como pedir que se apague el sol. Pero eso es ya lo de menos. Nuestra única opción eran las lanzaderas, pero estamos demasiado lejos. No es posible.

—Explíqueme eso.

—Es muy simple, es una cuestión de inercia y distancia. Ya hemos sido lanzados para salir del sistema solar, sólo que vamos más lentos antes de que entre en ignición el motor fotónico. Las lanzaderas no tienen combustible de fusión suficiente para volver a Titán, y aunque lo tuvieran, moriríamos antes de llegar. Aunque lo más probable es que nos quedáramos vagando, como mucho, en el sistema de Plutón. Y eso sin contar que ya no tendríamos el laboratorio y el hospital. La única esperanza era encontrar el modo de matar el maldito virus.

—Lo hemos intentado. Le juro que lo hemos intentado.

Helena se despabiló de pronto, como si el zumbido de un despertador le hubiera cortado en lo mejor del sueño. Sentía la boca pastosa, los ojos como cargados de arena y un crepitar intermitente en la cabeza. Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que lo que crujía a cortos intervalos no estaba en su interior, sino en uno de los tubos de luz azul del pequeño apartamento, que parpadeaba inseguro. La pantalla del comunicador estaba encendida, con imágenes moviéndose en silencio, llenas de color, de dientes perfectos y de zumos con colores espectaculares. Se sentó sobre la litera, cruzando las piernas en lo que ella llamaba siempre la primera fase. La segunda consistía en descolgar las piernas fuera, rascándose los pies desnudos uno contra otro, y la tercera, en saltar al suelo enmoquetado.

Mecánicamente se lavó los dientes, se dio una ducha de aire caliente y se vistió con el uniforme de trabajo. Sin embargo, en todos sus movimientos había algo extraño, una especie de prevención, como si algo muy ligero fuera a romperse a la menor brusquedad. Se dio cuenta de que tenía los ojos arrasados en lágrimas y una profunda opresión en el pecho que la atenazaba hasta el punto de casi impedirle respirar. Se encontró de pronto hablando en voz alta, mirando fijamente al espejo:

—Lo que realmente me interesa es si Dios tenía alguna elección en la creación del mundo...

Rompió a llorar sin saber por qué, y lo que más le afligió no fue la sensación de vacío, de inmenso vacío, sino el hecho objetivo de llorar.

—Vamos —dijo en voz alta—, no pasa nada. Tienes que salir y...

La megafonía de la nave estaba en silencio y los pasillos vacíos, algo habitual en los últimos días. Las gafas oscuras le ofrecieron una imagen familiar. Accionó su comunicador personal mientras caminaba hacia la estación del deslizador y llamó a Dolores, aunque no obtuvo respuesta, ni siquiera el contestador, pero de pronto recordó que su amiga había muerto hacía dos días y las manos le empezaron a temblar espasmódicamente.

«No te pongas nerviosa», se dijo.

Los tres deslizadores estaban tal y como los recordaba de la noche anterior y las luces, encendidas al mismo ritmo que el sol despuntaba en la Tierra, iluminaban ya el larguísimo corredor en dirección al módulo Uno. Notaba un peso cada vez más fuerte en el pecho y le costaba respirar. A lo lejos, sobre la pista bruñida, había algo oscuro que rompía la monotonía. Algo que se iba haciendo cada vez más grande conforme el deslizador, a velocidad media, se acercaba a ello. Lo supo, Helena supo lo que era antes de llegar, pero luchó por que las lágrimas no afloraran de nuevo. Respirar le resultaba cada vez más difícil, y el aire silbó a través de sus bronquios cuando detuvo el vehículo a unos pasos de un cuerpo caído. Era un hombre, un técnico con su mismo uniforme gris. No le conocía, o tal vez sí y no recordaba su nombre. Estaba como desmadejado, como si simplemente se hubiera dejado caer, con la cabeza apoyada contra la pared brillante y fría. La luz iluminaba su cara pálida, sus ojos cerrados, el pelo ralo y castaño, y un ligero hilo de sangre le resbalaba desde la nariz hasta la barbilla, partiendo el labio cárdeno y apretado.

Helena venció su temblor y puso la oreja sobre su pecho para convencerse de que estaba muerto. Todo él olía tenuemente a química, como si en un supremo esfuerzo hubiera atiborrado su cuerpo de medicamentos para evitar lo inevitable.

Y entonces lo oyó. Oyó como un carraspeo eléctrico y una voz. O sólo un sonido.

—No, es una voz.

Instintivamente echó a correr hacia el módulo Uno, gritando:

—¡Eh! ¡Estoy aquí, estoy aquí!

Al darse cuenta de lo absurdo de aquella reacción, volvió sobre sus pasos, subió en el deslizador y lo lanzó a toda velocidad por la autopista.

Cuando llegó hasta el control de llegadas, la voz había cesado. Gritó con todas sus fuerzas y luego trató infructuosamente de abrir las puertas de acceso al módulo Uno. Los dedos le temblaban cuando intentaba teclear los códigos de acceso y su voz no era reconocida por el ordenador de seguridad, que repetía una y otra vez: «Persona no autorizada», «persona no autorizada», «persona no autorizada».

—¡Jódete! —gritó, casi ahogándose.

—La presión de aire de la zona está por debajo del ochenta y dos por ciento —dijo la voz—. Fuga en el nivel treinta y siete del módulo Dos. Repito. La presión de

aire está por debajo del ochenta y dos por ciento. Fuga en el nivel treinta y siete del módulo Dos.

Jadeando, Helena se dirigió al control de mantenimiento.

—Al menos eso sí sé hacerlo —dijo.

Le costó un trabajo enorme sentarse frente a la pantalla de control, pero ésta sí reconoció su voz y sus códigos. Tecleó rápidamente, buscando el nivel treinta y siete, y dio la orden: sellar nivel treinta y siete, chequeo de toda la estructura del nivel...

Se dejó caer casi sin aire y apoyó la cabeza sobre el respaldo de la silla.

—Sellado el nivel treinta y siete del módulo. Presión del aire ochenta por ciento y subiendo. Detectada fuga en sistema de aire hacia las bodegas de vacío. No hay comunicación al exterior.

—Gracias a Dios. ¿La puedes... arreglar? —preguntó en un jadeo.

—Arreglo primario —dijo la voz tras unos segundos—. Cierre de los conductos dieciséis y diecisiete. Sellado adicional de la cámara de vacío. Se ha detenido la fuga. Precisaré soldadura.

—Gracias —dijo Helena, y luego se dejó caer hasta el suelo.

El control de llegadas estaba sumido en la oscuridad y el aire era fresco y puro, con un leve olor ácido. Helena abrió los ojos y lo primero que vio fue uno de los androides, un ejemplar LST estándar de mantenimiento plantado frente a ella, como si la mirara con sus células fotoeléctricas a modo de ojos. Las puertas de acceso al módulo Uno estaban abiertas, así que Helena, recuperada la lucidez, supo que se habían sellado automáticamente nada más detectar la pérdida de aire en el complejo Dos y se habían vuelto a abrir al recuperar el nivel normal. El androide no se parecía en nada a un ser humano, sino más bien al contrario, tenía más aspecto de una vieja motocicleta puesta en pie, extraordinariamente versátil y adaptado a la vida en la nave *Yuriatin*.

—¿Qué diablos eres? —preguntó Helena, poniéndose en pie.

—Unidad LST dos, cero, siete, nueve, beta —respondió la máquina—. Estación de mantenimiento.

Por un momento, Helena se plantó ante los ascensores, como hubiera hecho cualquier día para acudir al taller central del módulo Uno. Luego recordó el cadáver tirado en el pasillo y decidió hacer algo al respecto, pero al momento se percató de que debía de ser de noche, hora de descanso, y no era momento para actividades. Una de las partes de su entrenamiento había consistido en inculcar una estricta disciplina en cuanto a horarios, el único modo de controlar su organismo en un medio tan extraño como una nave absolutamente artificial. «Nunca deben ustedes variar sistemáticamente sus horarios. El cuerpo humano puede admitir los cambios normales como turnos, madrugones o juergas nocturnas, pero no un caótico régimen

de vida sin días o noches ordenados. El caos es enemigo de la salud mental y física».

Se sentía muy despierta, pero también muy cansada, así que, seguida por el LST, se metió en una de las cafeterías y se tendió en un sofá. El techo era de un azul cobalto, la idea que los extraterrestres tenían de un atardecer en la Tierra, decorado con algunas nubes blancas con reflejos rojizos. El espacio ocupado por el bar no era más que un salón de menos de cincuenta metros cuadrados y, que Helena recordara, era la primera vez que lo veía vacío. Allí había pasado largas tardes con George, el oficial que finalmente había decidido casarse con una enfermera del módulo Dos, y también las ligeras borracheras con Dolores hablando de hombres y de su falta de tacto. Deseó que el sueño la librara de los recuerdos y en un arranque se metió detrás de la barra y se tomó una botella de whisky.

—Al menos no tengo que dar cuentas a nadie —dijo.

Despertó con un terrible dolor de cabeza y con una idea fija en la mente: los cadáveres.

—Dios, los cadáveres. No puedo dejarlos por ahí. Contaminarán el aire y... ¡oh, cielos!

Se echó a llorar y gritó a las paredes brillantes de metal. Al acercarse a la puerta del bar, le asaltó un terror paralizante. Sólo pudo dar un paso al frente, lo justo para que se abriera la puerta con un chasquido y una silueta se recortara contra la luz exterior.

Helena gritó con todas sus fuerzas hasta que vio claramente al androide parado frente a la puerta.

—¡Por el amor de Dios! Máquina infernal, déjame en paz.

Salió al pasillo y de ahí a la estación del deslizador. Qué angustiada era la sensación de que todo estaba igual, exactamente igual a como lo había dejado hacía unas horas. Sintió una punzada en el estómago, hasta que fue consciente de que era hambre. Volvió al bar seguida por el androide, sacó unas barritas de chocolate de una máquina y luego se sirvió un café caliente y bien cargado.

Se sintió mejor y volvió otra vez a la estación. Una de las pantallas de comunicaciones parpadeaba, intentando llamar su atención. Tecleó hasta que vio los códigos de un mensaje. «Comunicación prioritaria en treinta segundos. Origen: Estación Titán, mando de la operación Alpha Centauri. Destino: mando de la nave *Alexander Yuriatin* o, en su defecto, oficial de servicio de la nave *Alexander Yuriatin*». Se quedó como hipnotizada mirando la pantalla hasta que apareció en ella la imagen de un hombre de uniforme. Al cabo de un rato se dio cuenta de que el sonido estaba cerrado, pero no le importó demasiado. Abrió otro de los canales y dijo con voz débil:

—Soy Helena Vlasova. Número de serie dos, tres, diecinueve, zeta, doce. De

servicio... no, libre de servicio... en la nave estelar *Alexander Yuriatin*. Están todos muertos, muertos... están todos muertos...

—¿Sabe que podría ponerle ante un juez y condenarle por sedición de acuerdo con el código de justicia militar? —dijo el hombre sentado frente a Victor Marek. No llevaba uniforme de la Flota, pero estaba claro que era militar o estaba muy relacionado con los militares—. Eso sin contar con que se quedaría usted sin trabajo inmediatamente y sería enviado a Marte en el próximo viaje.

El hombre tenía unos ojos fríos, azules y acuosos, y una inexpresividad general, como si todo lo que estuviera más allá de su nariz lo aburriera. Victor Marek optó por contemporizar, elevó las cejas poniendo su mejor cara de ignorancia y extendió las manos.

—No entiendo por qué tendría que hacer eso —contestó—. Es posible que haya vulnerado alguna disposición, pero en ningún momento se me dijo que quedaban anulados mis privilegios. Me dio la impresión de que se trataba de un exceso de celo de la teniente Ivanovna. Al fin y al cabo no parecía que pasara nada...

—No me fastidie, señor Marek. Usted es un metomentodo, con pedigrí, por decirlo de alguna manera, pero metomentodo. Sabía perfectamente que estaba vulnerando las normas y aun así lo hizo, pero como ha podido comprobar, este asunto va más allá de una noticia para un telediario.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa en la *Yuriatin*?

—Ésa no es la cuestión.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es la cuestión, señor...?

—Se trata de si está usted dispuesto a colaborar o no.

—¿Colaborar? ¿Con quién?

—¿Está dispuesto o no está dispuesto?

—¿Tengo alternativa?

—No. A no ser que quiera llamarle alternativa a la salida judicial.

—Está bien —dijo Marek tras un momento de reflexión—. Todavía me duelen las articulaciones. No me ha gustado su calabozo.

—Veamos. —El hombre de los ojos azules se echó hacia atrás en la silla y miró atentamente a Marek—. Usted estudió comunicación en la ciudad de Marstown durante cinco años.

—Sí. Allí me licencié.

—Formó parte de un grupo... político, luanguistas, durante el primer año de carrera.

—Sí. Era muy joven, aún tenía ideas.

—Y allí conoció a unas cuantas personas, de origen checo casi todos, con los que no ha mantenido relación posterior.

—¿Adónde quiere llegar?

El hombre pasó los dedos por la mesa frente a él. Apareció una pantalla de ordenador, que giró silenciosamente hasta enfrentar a Marek con la foto tridimensional de una mujer. Era albina, no cabía duda, con el pelo de un amarillo blanquecino, incluso el de las cejas, los ojos muy claros, enfermizamente claros y la piel casi transparente. Delgada, seductoramente extraña y guardada en algún lugar de su mente, con los viejos recuerdos.

—Natalia —dijo Marek—. Natalia, no recuerdo el apellido.

—Su nombre es ahora Helena Vlasova. Se lo cambió hace años, tras sus... problemas con la ley.

—¿Qué tiene que ver ella con... lo que sea? ¿Qué hace aquí usted con su foto?

—¿La recuerda?

—La recuerdo. Claro que la recuerdo. Era una buena amiga. Formaba parte de mi grupo, pero me imagino que eso ya lo sabe. Le perdí la pista cuando empezó el segundo curso. Creo recordar que había viajado a los planetas exteriores.

—Efectivamente. —La pantalla giró, dando la espalda a Marek—. Cambió su especialidad de comunicación por la ingeniería mecánica y estudió en Ceres, en la escuela de astronáutica. Terminada la carrera, en la época de los grandes cambios, ingresó en la Flota, lo que indica que ocultó muy bien su pasado. Luego viajó a Titán y fue destinada al proyecto Alpha Centauri. Es una mujer muy brillante. Número uno de su promoción, varios premios en su especialidad. En fin, una auténtica mujer del espacio.

—¿Viaja en la nave *Yuriatin*?

—Sí. Viaja en la nave *Alexander Yuriatin* —respondió, por primera vez, el hombre.

—¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa. Claro, en la lista de tripulantes no reconocí su nombre y nada me llamó la atención. Así que finalmente lo consiguió.

—¿Qué quiere decir con que lo consiguió?

—Era una soñadora. Quería... bueno, además de querer arreglar el mundo, quería arreglar, no sé, la galaxia. Siempre había dicho que quería viajar al espacio exterior. Es curioso.

—¿Qué es curioso? —preguntó el hombre.

—¿Tiene un cigarrillo? —El hombre rebuscó en un bolsillo y ofreció un arrugado paquete a Marek con un encendedor dentro.

—¿No está prohibido? —preguntó Marek nada más encender uno.

—Dígame, ¿qué es curioso?

—Pues que en todos estos años no he vuelto a acordarme de ella. Es de esas personas que no dejan huella. No sé cómo decirle. Y el caso es que era una chica notable. Muy inteligente, sí, pero su problema...

—¿El albinismo?

—Sí. Es un mal asunto. Imagínese. Es albina, bueno, creo recordar que lo era en un porcentaje muy alto. Marte era llevadero para ella, pero aun así tenía que embadurnarse de protectores, tomar pastillas, vestirse como si estuviera en el espacio exterior y llevar gafas o lentillas oscuras a todas horas. Supongo que vivir en la *Yuriatin* es mejor para ella, lejos del sol. Bien. —Dio una calada, saboreando el humo —. Ahora dígame, ¿a qué viene esto? Mi antigua compañera está en la *Yuriatin*, ¿y qué pasa con eso?

—El grupo al que pertenecían fue disuelto por la policía. Detuvieron a algunos de sus integrantes, entre ellos usted.

—Sí, éramos muy jóvenes.

—¿Qué clase de relación tuvieron?

—¿Si nos acostamos? En absoluto. No llegamos a intimar. Ya le digo que era una chica muy inteligente.

—¿Cree que ella le recordaría?

—No lo sé. ¿Cómo ha averiguado usted todo esto? Ni siquiera tiene el mismo nombre.

—Es muy sencillo, señor Marek. —Por segunda vez el hombre respondió a una de sus preguntas—. Sólo hay que cruzar historiales.

—¿Quién es usted? —preguntó Marek, súbitamente malhumorado—. ¿Tiene acceso a cualquier historial?

—Soy algo así como usted —dijo el hombre—. Un informador.

—Sí. Entiendo —admitió Marek—. No sé si me recordaría. Tal vez sí. Bien, yo a ella sí. No todos los días conoce uno a una albina. Pero un tipo como yo roza la vulgaridad, si no es que cae en ella.

—Necesitamos que hable con ella —dijo el hombre, echándose hacia atrás en el respaldo del sillón.

—¿Que hable? No le entiendo.

—Queremos que hable con Helena Vlasova. Le pondremos en comunicación con ella. Necesitamos a alguien en quien pueda confiar, alguien que le dé confianza.

—¿No pueden hablar ustedes? ¿Por qué yo?

—No hemos conseguido que nos escuche —dijo el hombre tras sopesar la respuesta un instante—. No quiere hablar con nadie.

—¿Y qué le hace pensar que hablará conmigo?

—Usted era su mejor amigo, señor Marek. Por protegerla fue a la cárcel casi un año, hasta que llegó la amnistía. ¿Cree que no lo sabemos? Usted le facilitó la salida de Marte, la puso en contacto con redes clandestinas que la ayudaron a cambiar de nombre y a iniciar una nueva vida. Es usted la persona que más ha hecho por Helena Vlasova, o Natalia Bromski. Confiará en usted.

IV

Helena salió del montacargas y volvió a notar la soledad, como siempre que accedía a uno de aquellos lugares que, tan sólo hacía unos días, era un hervidero de gente. La única luz provenía del interior del camarín que acababa de abandonar, pero apenas dio dos pasos cuando las luces se encendieron, una tras otra, como dándole a descubrir un nuevo mundo. En realidad era sólo una amplia estancia de techo bajo y blanco, terminal de la docena de ascensores y montacargas, una mezcla de estación de viajeros, muelle de carga y descarga y lugar de reposo. Había máquinas de bebidas y comida, áreas de descanso y seis enormes plataformas para el trasiego de productos con Bio-2.

Sobre la cabeza de Helena se acumulaba el enorme depósito de agua, el mar, como lo conocían los tripulantes, y sobre él el espacio conocido como Bio-2, un auténtico trozo de la Tierra lanzado al espacio, un invernadero a modo de paraíso terrenal cuajado de plantas y animales. No era un lugar al que hubiera accedido muchas veces, pero recordaba que había en él pequeños bungalós para los cuidadores o para curas de reposo, un lago central, cursos de agua rumorosa y el perfume de mil flores y plantas. Lo más parecido a una plácida vida en el campo.

Despacio, se dirigió hacia la derecha de la sala ahora vacía, a la escalera metálica, y en cierto modo sintió que subir hasta Bio-2 y respirar su aire sería como descubrir un nuevo mundo.

«Será como ir al País de las Maravillas —se dijo—, como si fuera una Alicia que despierta de un sueño».

Sobre la pantalla, un enjambre de niños corría de un lado a otro, entre los aparatos de un parque infantil, sin una aparente finalidad. En todo el espacio, las risas, los colores y los movimientos imprevisibles parecían obedecer al caos más absoluto. El comportamiento de uno de aquellos pequeños monstruos era tan impredecible como la trayectoria de una mariposa en el aire. Sin pretenderlo, Helena sonrió al observar los guiños y las payasadas de un muchachito pelirrojo, alto y desgarbado, demasiado alto para su edad, demasiado desgarbado para su altura y tan feliz que, de pronto, a Helena se le llenaron los ojos de lágrimas.

Por alguna razón oculta en el interior de su espantosa soledad sintió una cierta vergüenza de mostrar aquellas emociones delante del androide de mantenimiento.

—¡Qué estúpida soy! Como si pudieras entender algo —dijo mientras se limpiaba la cara con el dorso de la mano.

La máquina no se movió, como debía ser. Al fin y al cabo no le había dado ninguna orden directa: asómbrate, muévete, dime algo, ponme algo de música...

Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirar los juegos infantiles y repasar la pantalla de datos de la *Yuriatin*. Desde hacía unos días se había convencido de que no le iba a ser posible controlar sola aquel inmenso espacio vital. Sólo prestar atención al sistema central de control requería un equipo mínimo de diez o doce personas, y temía que el descontrol en la gran nave acabara por sumir en el caos, de verdad, su propia existencia. Y de ahí a la muerte.

«El caos —se dijo—. Los niños representan el caos. El comportamiento caótico sin sentido. Y, sin embargo, salen adelante. Dejan fluir la vida y la realidad a su alrededor. Se preocupan de conocer, no de controlar. Ellos son la esencia del ser humano».

Volvió a mirar la pantalla de televisión y les observó sentados alrededor de una hoguera imaginaria, charlando ruidosamente. Uno lloraba, desconsolado, ante la indiferencia del resto. También son crueles, despreocupados, egoístas. Tienen lo necesario para sobrevivir. Tenemos lo necesario para sobrevivir.

De pronto algo estalló en su interior. Se puso en pie lentamente y se acercó hasta el ventanal abierto al espacio exterior. La negrura con un puñado de puntos dispersos era tan absolutamente estática que por un momento sintió una especie de *shock*. El caos. Los niños. El futuro. Bajó la cabeza y luego se palpó el vientre con cuidado mientras una luz se iba abriendo poco a poco dentro de ella.

—Dime —preguntó a Magnus—. ¿Puedes controlar automáticamente todos los sistemas de la nave?

—Estoy diseñado para eso —dijo la dulce voz de la máquina.

—¿Aun sin ayuda de la tripulación?

—En principio, sí.

—¿Qué quiere decir en principio?

—Que puedo ocuparme de todas aquellas funciones, ordinarias o extraordinarias que estén computarizadas. Acciones o eventos imprevistos pueden no estar computados, en cuyo caso serían necesarias correcciones de programación.

—Hagamos una prueba. Voy a desconectar los controles manuales durante veinticuatro horas. En ese lapso te ocuparás de todo. ¿De acuerdo? Si ocurre algo que amenace la estabilidad del sistema vital o la finalidad de la misión, me lo comunicarás y volveré a tomar el control.

—Computado.

Las tres pantallas de control de la sala cambiaron su estructura al unísono y Helena se quedó sola frente a la pantalla donde una película antigua había sustituido al reportaje sobre «Niños en la Tierra».

El largo pasillo entre los dos módulos se abría ante Helena, oscuro y solitario. En cierto modo era uno de los lugares que más miedo le causaban en su nuevo hábitat. Pero al mismo tiempo, caminar por él podía ser el mejor modo de pensar, de madurar

la opción que se estaba gestando en ella.

—O mejor dicho. No madurar, sólo valorar. Ya la maduraremos.

En su analítica mente de científica, acostumbrada a planear cada movimiento, el orden fue ganando terreno mientras caminaba lentamente, con las manos a la espalda, mirando el barro adherido a sus zapatos. A su alrededor, el familiar pasillo parecía converger en un punto lejano, oscuro y escondido en las entrañas del mundo misterioso en que se estaba convirtiendo, poco a poco, el módulo Dos.

Desde hacía unos días había tomado la decisión de atenuar las luces de la nave hasta el mínimo, con lo cual había conseguido desprenderse de las gafas y aplicarse en el cuerpo sólo un poco de crema hidratante, nada de kilos de protector. En los accesos a Bio-1 y Bio-2 había dejado trajes protectores, gafas y cremas suficientes para cuando tuviera que salir a la cúpula exterior porque para las plantas seguía siendo necesaria la intensidad lumínica que a ella sólo le proporcionaba quebraderos de cabeza.

Al pasar por delante de una de las silenciosas pantallas, le pareció ver a alguien conocido, pero pasó de largo sin detenerse, como si le asustara la sola idea de hablar con alguien, aunque fuera un alguien muy lejano que enviaba un mensaje distorsionado por el tiempo y el espacio. Bajo sus pies, Helena percibió una ligera vibración y se acercó a una de las pantallas de comunicación.

—Magnus, ¿qué ha sido esa vibración?

—Nada importante. Una ligera variación en la densidad del combustible.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente.

—¿Sigues recibiendo comunicaciones de la base Titán?

—Sí.

—¿Siempre de la misma persona?

—No siempre. Pero sí en el ochenta y siete por ciento.

—¿Quién es?

—Su nombre es Victor Marek.

Helena continuó su paseo en dirección al módulo Dos. Desde que lo dejó, la mañana de su primer día en solitario, no había vuelto a entrar en él. El paseo la llevaba hasta el hangar de entrada y por alguna razón se detenía siempre allí. Echaba de menos algunas de sus cosas, pero con los almacenes abiertos para ella, no había sentido necesidad real de nada, salvo quizá de su diario, de algunas joyas discretas, las lentillas de color verde oscuro, los calcetines de rayas regalo de Dolores, las fotos de sus padres fallecidos, el cepillo de dientes con el dibujo de Krispi, el payaso cibernético...

—¡Dios!, ¿me volveré loca?

Trató de quitar de su mente la idea de hablar con Marek. Al fin y al cabo, a él le

debía el hecho de estar allí y ahora. Pero no tenía muy claro si debía agradecersele o recriminársele.

Casi sin pensar se metió en uno de los ascensores.

—Nivel doce.

Y allí estaba el familiar pasillo, el corredor, la maqueta; ahora en penumbra permanente. Le había costado muchas horas de trabajo coordinar el mantenimiento de la inmensa nave y aun así no estaba segura de que todo funcionara de una manera segura. Magnus le había aconsejado reducir sistemas en el módulo Uno, como las comunicaciones o las luces. Bien, en realidad le había aconsejado poner todo el módulo Uno fuera de servicio, cortando la renovación del aire y todos los sistemas, pero Helena había preferido mantenerlo al mínimo. Aún no sabía bien por qué.

En el nivel cuatro de aquel módulo, en las bodegas de carga de reserva, vacías y congeladas, los androides auxiliares, en una operación que le había llevado casi dos semanas, habían amontonado doscientos cuarenta y nueve féretros con doscientos cuarenta y nueve cadáveres. Los doscientos cuarenta y nueve tripulantes, menos uno, de la nave estelar *Alexander Yuriatin*.

Al recordarlo, Helena se dejó caer en el suelo helado del ascensor y lloró desconsoladamente, sin poderse contener. Ni siquiera el ruido de la puerta al abrirse y la voz metálica de Magnus anunciando el nivel pudieron parar su llanto.

Su cuarto estaba igual que lo dejó. Eso era algo que le impresionaba extraordinariamente desde el primer día. Todo permanecía exactamente igual. Era asombroso darse cuenta de lo cambiante que es el entorno en circunstancias normales. Pisadas, corrientes de aire, personas que entran y salen. Todo contribuye a que las cosas cambien de sitio. Las puertas abiertas se ven cerradas, los cristales aparecen con huellas de manos infantiles, los vasos limpios de pronto están sucios, las hojas de calendario marcan el paso de los días.

En su cabina nada de eso había pasado. El televisor seguía encendido, igual que una de las pantallas auxiliares, todavía con el código de Dolores Hart parpadeando.

Del estante superior del armario tomó una bolsa de viaje y fue metiendo en ella los objetos que había añorado. Fuera, frente a su miniapartamento, vio abierta la puerta del A12. Había en él un ligero olor a formol, o a algún medicamento que no pudo determinar. Se quedó paralizada cuando recordó que en él había estado el cadáver de uno de los niños, Robert, de diez años, uno de los últimos en enfermar a causa de su piel muy blanca y su extraordinaria resistencia. Le recordaba con los ojos hundidos en las órbitas, jadeando mientras un hilillo de sangre brotaba de su nariz. Era un niño guapo, vivo, alegre. Había fotos de él por todo el apartamento. Sus padres, Ana y Daniel, vivían para él más que para la misión. Le llamaban «nuestro alienígena» porque decían que él sería el auténtico hombre de la *Yuriatin*, el enviado de la Tierra, el hombre del espacio.

—Eras un niño muy guapo —dijo Helena.

Y entonces, de un modo casi compulsivo, tomó dos decisiones.

V

Un desagradable zumbido despertó a Marek. Luego una mano, cualquier cosa menos delicada, le sacudió de modo inmisericorde.

—Vamos, despierte.

—¿Qué ocurre? ¿Se quema la estación espacial?

—Quieren verle en el centro de comunicaciones —dijo la teniente Ivanovna.

Cuando Marek entró en el Cecom, éste funcionaba a toda máquina. El lugar bullía con técnicos, soldados y operadores moviéndose de un lado para otro. El hombre de los ojos azules estaba de pie junto a una pantalla holográfica iluminada.

—Está emitiendo. Su amiga se comunica con usted.

Marek estaba todavía algo aturdido cuando se sentó frente a la pantalla. Era ella, no cabía duda, era Natalia, la misma y etérea compañera de estudios a la que había salvado su blanco pellejo hacía muchos años. Los albinos no envejecemos, le había dicho ella cuando se despidieron, dos estudiantes, verdes todavía, dispuestos a comerse al mundo. Y ahora veía que era cierto.

—... y entonces todo fue muy rápido, ¿sabes? —decía la voz de Natalia con una extraña distorsión—. No conseguí ni siquiera enterarme bien de lo que estaba pasando...

—¿Por qué se oye tan mal? —preguntó Marek.

—Tiene que ver con el efecto Doppler.

—... una mañana me levanté y estaban todos muertos. No sé ni quienes fueron los últimos, ni tampoco sé exactamente por qué yo estoy viva. No he tenido valor para entrar en el hospital y ver los informes médicos, pero seguro que tiene algo que ver con mi albinismo...

—¿Me he perdido mucho? —volvió a preguntar Marek.

—No, sólo un par de minutos. Luego se los paso. Era un saludo, para usted. Bien, de hecho habla para usted.

—... y me he ido organizando, pero estoy sola. Inmensamente sola. No me atrevía a hablar con nadie. No estoy muy segura de estar cuerda, ya sabes. A lo mejor estoy hablando sola, pero Magnus me dice que el mensaje sale y es recibido...

—¿Quién es Magnus? —preguntó Marek.

—MGS 1000, el ordenador de a bordo —respondió el hombre.

—... estás escuchando ahora. Estoy muy asustada. Esto es... inmenso. Tal vez era un poco estrecho para doscientas cincuenta personas, aunque nunca lo había pensado, pero ahora, ¡Dios!, no puedo seguir. Lo siento. No sé cuánto tardará en llegar el mensaje. Bien, se lo preguntaré a Magnus. Y otro tanto de vuelta. Dime algo. Necesito saber que existen personas en alguna otra parte.

Un chasquido y Marek se encontró con la superficie oscura de la pantalla y un

vacío inmenso.

—Es inhumano —dijo.

—Ella confía en usted.

—¿En mí? ¿Y qué mierda puedo hacer yo por ella? —gritó Marek fuera de sí—. Ustedes la han enviado allí, malditos cabrones, ustedes la han metido en esa lata y la han lanzado al espacio. ¡Joder! Debería aconsejarle que se suicidara, sería más humano que tenerla allí de conejillo de Indias.

Marek se levantó con violencia, derribó la silla y se fue hacia la salida a grandes zancadas.

—Ella confía en usted —repitió el hombre.

Marek se detuvo frente a la puerta y por un instante se oyó chirriar su cerebro luchando contra las ganas de desaparecer. Se dio cuenta de que su interlocutor no le había amenazado si no cumplía el trato, no le había recriminado nada. Tal vez estaba tratando con seres humanos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Marek sin volverse.

—Smith —respondió el otro.

—¿Smith?

—Sí.

Marek soltó una risa y se volvió.

—Bien, señor Smith, ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Contestarle. Que no se sienta sola. Conseguir que mire los informes médicos, que nos cuente qué ha pasado y por qué, que lleve una vida normal y nos mantenga al tanto del estado de la nave. En definitiva, que prosiga con la operación Alpha Centauri, en la medida de lo posible.

—¿Qué? —Marek hizo una mueca—. ¿Me toma el pelo, señor Smith? Eso es tan increíble como su nombre. La operación era llevar a colonos de la Tierra por el espacio hacia el planeta NW-17 en órbita alrededor del sistema Alpha Centauri. Los antepasados de un grupo de gentes del espacio que dentro de setecientos años estarían allí y desembarcarían como enviados terrícolas. Somos de la Tierra, venimos en son de paz. ¡Qué maravilla! Pero ahora va una pobre chica sola. Se acabó. No hay misión.

—Aun así. —Smith se sentó de nuevo y sacó un cigarrillo—. De acuerdo, quite la última parte. No hay misión. Queda saber qué ha pasado, conocer qué virus o lo que sea que ha matado a la tripulación. Tener información de primera mano del comportamiento de la nave, estudiar alternativas... y sobre todo acompañar a esa mujer que va a estar sola el resto de su vida, dure lo que dure.

Marek respiró hondo y volvió a sentarse frente a la pantalla, junto a Smith.

—Muy bien. Vamos a hacer compañía a mi vieja amiga.

Detrás de los verdes tallos de maíz se removía alguna cosa y Helena lo miró de

rejo, tratando de no asustarlo. Era una especie de bola de algodón, blanca y negra, pequeña y gruñona. Era un gato, un auténtico y trémulo gatito, vivo como ella misma. El borde de las gafas no le dejaba ver con claridad con el rabillo del ojo, pero estaba segura de que el animalito dormía tranquilamente, tembloroso y probablemente bien alimentado. Despacio, Helena se acercó hasta observarlo de cerca, luego ojeó a su alrededor tratando de localizar a la celosa madre. En lo alto de la cúpula brillaba el sol artificial y hasta ella llegaba el rumor del curso de agua cercano. De algún lugar salía la música, la bucólica suite de Peer Gynt que había elegido para su paseo por el campo de Bio-1.

Helena sabía que había parejas de gatos bajo la cúpula, pero nunca había visto ninguno hasta ese momento. El que estaba contemplando no tendría más de un día de vida. Lo recogió con sumo cuidado y notó cómo el animalito se enroscaba un poco, apenas más grande que su mano.

El comedor ofrecía un aspecto impecable. Con una mano, Helena recogió la bandeja del dispensador mientras con la otra sujetaba al gatito contra su pecho. La luz, tenue, adaptada a sus ojos demasiado sensibles, daba un aire acogedor a la estancia, pero dos docenas de mesas metálicas vacías le seguían pareciendo un paisaje desolado. En la puerta, atento como un centinela, estaba su androide favorito. De hecho, era casi el único que usaba, pues no le apetecía tener un regimiento de ellos moviéndose por los pasillos. Había decidido llamarle Krispi, como el payaso, y la máquina, después de asimilarlo, respondía perfectamente.

—Krispi, llévame la bandeja.

La máquina la recogió delicadamente de sus manos y se deslizó detrás de ella mientras Helena frotaba su mejilla contra la piel suave y cálida del gatito. Eligió para comer uno de los rincones acogedores del pasillo, pensado para un momento de intimidad o de reflexión. «Hace mucha falta pensar, dadas las circunstancias», le decía a menudo Dolores Hart. Helena comió con buen apetito, dejó luego el gatito sobre la mesa y se entretuvo en ver cómo lamía la leche contenida en un platillo.

—Te llamaré *John Lee* —dijo—, como John Lee Hooker. Magnus, ¿tienes música de John Lee Hooker?

—La tengo. Un total de ciento seis interpretaciones...

—Vale. Ponme algo, aleatorio. No me preguntes qué. Krispi, vigila a *John Lee*. Que no se pierda de vista y que no estropee nada.

Con las manos en los bolsillos, oyendo *blues* de la Tierra, Helena caminó por el largo pasillo en dirección a los ascensores. Estaba en el módulo Dos, nivel doce, una zona residencial con comedores, dormitorios, apartamentos, gimnasios y salas de tratamientos estéticos. Incluso un par de piscinas. Su segunda decisión, la más importante, estaba ya tomada, aunque todavía no había iniciado lo que debían ser los

primeros pasos. De pequeña, sus padres siempre le habían llamado obstinada y cabezota porque nada parecía haber en el mundo, o en los mundos, que ella no pudiera hacer si se lo proponía. Y eso que su actividad se veía siempre entorpecida por el albinismo, los cuidados especiales y la necesidad de gafas, protecciones y una organización férrea de su vida para no correr peligro. «No entiendo cómo no han inventado algo que te libere de tanto rollo», le decía a veces Dolores. Y añadía que tal vez ella, la destacada doctora Hart, podría dedicarse a investigar su extraño síndrome.

Las puertas del ascensor se abrieron silenciosas ante ella y a continuación ordenó que le llevara al nivel seis, zona hospitalaria.

—Hay una instrucción de cuarentena —dijo Magnus.

—Anúlala.

—Anulada.

No había nada extraño. Sabía positivamente que todos los cuerpos habían sido retirados, incluido el de Samuel Levi, médico, el último fallecido. También había dado órdenes a Krispi de que lo limpiara y desinfectara todo y que recolocara todos los equipos en su sitio. «Orden. Al menos un poco de orden», se dijo.

En todos los lugares de la nave que había visitado había ido observando un orden que consideraba suficiente, pero su campo de movimiento era todavía restringido y sólo muy poco a poco iba explorando nuevos lugares, como ahora. Las farmacias y los pequeños dispensarios distribuidos por toda la nave habían sido suficientes para obtener analgésicos, tampones, algodón y otros pequeños artículos necesarios. Pero ahora estaba allí, en el lugar en que se había sostenido una lucha a muerte contra el virus que había acabado por vencer. ¿O no había vencido?

Se vio a sí misma frente a un espejo y por un momento casi no se reconoció. Llevaba el pelo revuelto y descuidado, la cara un poco demacrada, sin una brizna de pintura o maquillaje, los labios resecos y las pestañas ralas y como apelmazadas.

—Pero ¿quién eres, Helena, Robinson Crusoe?

Salió del hospital y buscó febrilmente por los pasillos. Parecía como si todos los espejos de la nave salieran a su paso para ofrecerle su propia imagen, hasta que se dejó caer jadeante junto a una puerta cerrada.

—Magnus, ¿tengo cerca algún... centro de estética?

—Una sala de baños, manicura y maquillaje en el nivel once. Sector 12C.

La pulida superficie del espejo le devolvió una imagen completamente diferente. Después de horas de baño, exfoliación y maquillaje, Helena Vlasova había cambiado completamente de aspecto y a sus propios ojos se volvía a ver como una mujer atractiva y segura de sí misma.

—Eso está bien —dijo en voz alta—. Ahora seamos consecuentes con mi primera decisión.

Con una suave sonrisa de satisfacción encendió la pantalla holográfica y ante ella apareció la imagen de Victor Marek.

—Hola —dijo la distorsionada voz llegada desde Titán—. Ya ves, me han convencido para que hable contigo, pero les he puesto una condición. Nada de chorradas ni de mentiras. Sobre todo quieren que sepas que no estás sola, que aquí hay mucha gente pendiente de ti, pero les he dicho que eso no te sirve de gran cosa, que vas disparada hacia no sé dónde y no tienes a nadie contigo. Supongo que eso lo sabes tú mejor que yo y no te van a engañar con simbolismos. Es cierto que aquí hay un montón de gente ocupándose de la misión Alpha Centauri, pero maldita la gracia...

Helena sonrió viendo los esfuerzos de Marek por simular que no pasaba nada, que él estaba ahí al lado, al alcance de la mano, preparado para ayudarla como otras veces. Pero la cruda realidad era que su mensaje, a la velocidad de la luz, había tardado más de una hora en llegarle, modificado y contaminado por el efecto Doppler. Que la nave *Alexander Yuriatin* se aceleraba constantemente, que el sistema solar desaparecería de su vida en unas semanas y que por delante le quedaba únicamente la soledad del espacio, una vida incierta, tal vez treinta o cuarenta años si antes no acababa con ella una enfermedad, un accidente, el tedio... o ella misma.

Sólo tenía una esperanza, y oyendo a Victor Marek iba convenciéndose a sí misma de que su segunda decisión, la verdaderamente importante, era su única garantía de supervivencia.

—... así que esperan que les transmitas los datos. Se quejan de que está bloqueado el envío, que Magnus, bueno como se llame eso, tiene instrucciones de no enviar nada sin tu consentimiento. Claro, ahora eres la comandante de la nave, de la misión y de... en fin. No sé qué más decir, sólo que para mí siempre has sido importante y con gusto volvería a nuestros buenos viejos tiempos y te salvaría otra vez.

Esta vez Helena contestó de inmediato. Explicó que había tomado una decisión, la primera, y que no era otra que mantenerse en comunicación siempre que fuera posible. Tecleó las órdenes a Magnus para que enviara el informe sobre el síndrome de inmunodeficiencia respiratoria y luego despachó un escueto comunicado explicando su situación y sus planes, su segunda decisión.

—Es una decisión tomada y sólo espero que la comprendáis. Y gracias, Victor. Siempre te he considerado mi amigo. —Terminó con lágrimas en los ojos.

El hospital estaba igual, pero esa vez era Helena la que había cambiado. Se sentía decidida y cargada de energía. Se sentó frente a una de las pantallas con *John Lee* en su regazo y empezó pidiendo información sobre sí misma, sobre el albinismo y sobre su caso concreto. Los ojos le dolían cuando le venció el sueño y se quedó dormida, derrumbada sobre la mesa.

Le despertó el sonido de una de las alarmas que no pudo identificar. *John Lee* había desaparecido y Magnus trabajaba febrilmente, con todos sus sistemas disparados, pero no le dio ningún tipo de información. Desde el ensayo de desconexión de los primeros días, Helena había dejado que Magnus controlara la nave al ciento por ciento, y sólo le desconectaba de vez en cuando el automatismo de las comunicaciones para emitir sus mensajes a Titán.

Y algo estaba pasando.

—Magnus, ¿me oyes? ¿Qué ocurre?

No le respondió la voz, sino un mensaje escrito en una de las pantallas. «Fallo en los sistemas de comunicación interna. Fallo en la estanqueidad del nivel treinta y siete del módulo Uno. Reactivada fuga en el sistema de aire hacia las bodegas de vacío».

«¡Dios mío!», exclamó para sí.

Las puertas estancas del módulo Uno estaban cerradas, así que dedujo que el aire en el módulo Dos y en el corredor debía de estar ya perdiendo densidad. Con una lucidez casi extraña empezó a trabajar como un bien entrenado astronauta. «Al fin y al cabo, lo soy», se dijo. Lo primero fue enfundarse uno de los trajes espaciales, el único modo de que Magnus le permitiera salir del módulo sellado. Luego tomó uno de los comunicadores auxiliares para asegurarse de que el fallo no la dejara sin el apoyo de Magnus, y seguidamente dio instrucciones a Krispi para que activara otra de las unidades androide en el módulo Dos.

—Y tú, ¡acompañame! —le ordenó.

El compartimiento estanco se abrió obedientemente y, metida en el traje espacial, Helena salió al corredor, en suave penumbra.

Todo funcionaba correctamente, las luces, el deslizador, incluso la densidad del aire era suficiente si se hubiera quitado el casco, pero los instrumentos del traje señalaban un viento de fuerza uno en progresión conforme se acercaba al módulo Uno.

Helena descubrió que algo sí había cambiado en su viejo hábitat. Briznas de papel, de polvo y de restos que ni siquiera sabía que estaban volaban a lomos del aire que se retorció por los pasillos y las escaleras. Se dio cuenta de que la fuga podía ser preocupante, porque aun muy lejos del nivel treinta y siete era perceptible la velocidad del viento. Rápidamente calculó en su muñeca el volumen de aire que perdía y la preocupación fue ganando terreno en su interior.

—Magnus, ¿puedes oírme?

En la pantalla desplegada ante su ojo derecho se desgranó la respuesta: «Sí, pero el fallo de comunicaciones me impide la respuesta de voz».

—¿Hay alguna otra derivación del problema de comunicaciones que pueda ser perjudicial para mí o para la misión?

«No funcionan las comunicaciones con la Estación Titán», escribió Magnus.

—Repíte eso.

«No funcionan las comunicaciones con la Estación Titán», volvió a escribir.

—¿El fallo es definitivo?

«Todavía no tengo datos suficientes. Trabajo en ello», desgranó la máquina.

—Mantenme informada. ¿Puedes sellar el nivel treinta y siete?

«Lo estoy intentando —respondió Magnus—, pero ha cedido un mamparo y precisa reparación. ¿Quieres que cierre los niveles treinta y seis y treinta y ocho?».

—De acuerdo, séllalos.

La corriente de aire cesó al instante y Helena se metió en uno de los ascensores.

—Nivel treinta y cinco.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, Helena Vlasova se quedó petrificada.

—Quiere tener un hijo —dijo el hombre llamado Smith.

—¿Cómo? Repita eso —respondió Karl Lubistch, jefe de la misión Alpha Centauri en Titán.

—Que la astronauta Helena Vlasova quiere tener un hijo.

—¡Por todos los diablos! ¿Ya ha perdido el juicio? Está entrenada para vivir en el espacio, no debería tener problemas de estabilidad mental, al menos no tan pronto.

—No creo que sea una cuestión de estabilidad mental —dijo Smith.

—¿Ah, no?, ¿un hijo? —Lubistch parecía furioso—. ¿Y cómo espera hacerlo? No es médico, no tiene a nadie que la ayude, no puede dar a luz sola... no está previsto. ¡Por el espacio! Está loca.

—Si me permite, señor, tiene toda la vida para hacer la carrera de medicina si quiere, tiene androides y sistemas más eficaces que la ayuda humana. Puede hacer una inseminación artificial, o como puñetas se llame, y puede dar a luz sola. Millones de mujeres lo han hecho antes.

—¿Está usted de acuerdo con ella?

—Ésa no es la cuestión, señor. Empiezo a conocer a Helena Vlasova y me da la impresión de que si ha decidido hacer algo, lo va a hacer. Recuerde que eligieron a los mejores para la tripulación de la *Alexander Yuriatin*. De acuerdo, su especialidad no es la medicina o la biología, pero eso no quiere decir nada. Si esa mujer se propone hacerlo, lo hará. He estudiado el equipamiento y los medios de la nave *Alexander Yuriatin*. Si todo funciona, y creo que funciona, no le falta nada para una inseminación artificial, un embarazo y un parto.

—¿Y el virus? —preguntó sombrío Lubistch—. Matará al niño en cuanto nazca. Si es que llega a nacer. Y no me diga que puede nacer albino. Lo sé. Puede nacer albino, pero hay una posibilidad entre cuatro.

—Tal vez el virus ya está tan muerto como la tripulación. Que sepamos sólo

puede vivir en los melanocitos.

—¿Y si ella es portadora? No la hemos analizado. En realidad no sabemos si ella lleva el virus en estado latente.

—Es albina. No tiene melanocitos —respondió Smith.

—Tiene muy pocos, pero tiene. El mismo informe remitido por ella lo dice. Y no se ha analizado para buscar el virus. Me imagino que no quiere saberlo.

—¿Qué sugiere entonces, señor? En realidad estamos hablando de un problema a miles de millones de kilómetros que se aleja de nosotros a velocidad creciente hasta alcanzar los cuarenta mil kilómetros por segundo. No creo que nos concierna. Además, ¿qué podemos hacer?

—Aún existe la secuencia de autodestrucción —dijo Lubistch.

—No podemos hacer eso.

—Claro que podemos. ¿Qué motivo hay para seguir, señor Smith?

—Una vida humana. O tal vez dos.

—No hay comunicación con la *Alexander Yuriatin*.

—¿Qué quiere decir con que no hay comunicación? —preguntó Smith malhumorado.

—Las frecuencias están cortadas —respondió el operador—. Cuando emitimos un mensaje, sabemos que ha llegado, una especie de acuse de recibo. Y no lo hemos recibido. Tal vez es un efecto nuevo de la aceleración, o de la contracción del tiempo. No podemos saberlo.

El operador se quedó mirando a Smith esperando instrucciones, pero éste no hizo sino dar media vuelta y salir de la sala.

—Todo es inútil —dijo Smith, sentado frente a Marek—. El proyecto Alpha Centauri incluía un estudio de las comunicaciones afectadas por la aceleración. El efecto Doppler, la contracción del tiempo y todo eso. Los técnicos lo están estudiando y ya está. A nadie le importa su amiga.

—A mí sí, y creía que a usted también.

—No hay nada que hacer. Las comunicaciones no funcionan y no tenemos ni idea de qué puede pasar. El tiempo debería funcionar como decían Einstein y Kaplan, pero algo no va bien. La aceleración parece mayor de la prevista y en constante aumento, de modo que para ella apenas habrán pasado unos días cuando nosotros llevamos ya casi cuatro meses desde que dieron el salto.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos olvidamos de ella?

—¿Y qué hacemos, señor periodista? Están trabajando para restablecer las comunicaciones, pero no creo que sea ningún fallo técnico. No. Nos enfrentamos ya a

lo desconocido. La hemos perdido.

—¿Y su proyecto? El de ella, quiero decir, eso de ser madre.

—Entre usted y yo, Marek. Confío en que lo haga. No se puede usted imaginar cuánto deseo que lo haga.

—Si ha recibido el último mensaje —dijo Marek—, al menos sabrá que estamos con ella y que la apoyamos.

—Usted y yo. No se lo he dicho a Lubistch. Si averigua que le he dado ánimos, me enviará a la estación minera como guardia de seguridad.

VI

Era como si el frío del espacio hubiera penetrado ya en la nave. Ante los ojos de Helena se abría una gran sala casi vacía, de techo muy alto. Había grandes contenedores pegados a la pared y por los códigos dedujo que eran estructuras para construir asentamientos. Apartamentos, servicios, hangares. Tal vez con la idea de que algún día creciera la población o llegaran a algún mundo habitable, a ese legendario planeta NW-17 en Alpha del Centauro. Pero todo, el suelo y los contenedores, estaban cubiertos de una fina escarcha, señal inequívoca de que los sistemas vitales estaban fallando. Miró el indicador de su traje. Cuarenta grados bajo cero. El nivel de oxígeno era inferior al sesenta y dos por ciento y la presión era dos tercios lo normal. No recordaba haber estado nunca en aquella zona, y dando sus primeros pasos por la superficie resbaladiza, se sintió en parte como un explorador. Tras ella, Krispi la seguía obediente, dispuesto a ayudarla, aunque Helena no pudiera oír el crujido de sus deslizadores sobre el suelo helado.

—¿Dónde está la otra unidad que has activado?

—En su lugar de almacenamiento. Sector 29B del nivel seis.

—Krispi. ¿Te importaría traerla aquí con nosotros? ¿De qué me sirve en su lugar de almacenamiento?

Helena oyó un crujido en los auriculares. De no ser porque trataba con un androide hubiera pensado que murmuraba.

—Activa al ciento por ciento sus conocimientos de mecánica. No necesito que hable conmigo ni funciones superiores, tú te comunicarás con él.

Helena había llegado al otro extremo de la gran sala, de unos cuarenta metros de longitud, cuando el nuevo androide salió de otro de los ascensores.

—Magnus, indícame los compartimientos estancos de acceso al nivel treinta y seis.

Magnus respondió por escrito, lo que indicaba que todavía no había podido solucionar sus problemas de comunicación. La respuesta fue la misma que desde hacía varias horas: «Trabajo en ello».

Al entrar en el nivel treinta y seis, los datos le indicaron una presión de apenas un tercio de la normal. El oxígeno era sólo del cuarenta y dos por ciento y, además de hielo, había cristales rotos por el suelo y objetos diversos, probablemente desplazados por la corriente de aire.

—Magnus. Hazme un informe del estado del nivel treinta y siete. Estructuras y soporte vital. Pásalo también a Krispi.

En la pantalla ocular se desgranaron los datos para finalizar con una pregunta: «¿Quién es Krispi?».

—Por Dios. Estoy tratando con tontos. Krispi, pásale tu número de serie a MGS

1000, por favor.

Dejó que las máquinas se entendieran entre ellas mientras estudiaba los datos. Sentía un deseo enorme de quitarse el maldito traje de astronauta. A pesar de su entrenamiento, hacía ya mucho tiempo que se había acostumbrado a la cómoda y acogedora vida en la *Alexander Yuriatin* y se sentía torpe, tenía frío y anhelaba volver al hospital, al laboratorio, para seguir con la auténtica y única finalidad de todo aquello. Había llegado al final de la gran sala cuando oyó en sus auriculares la familiar voz de Magnus.

—Reparados los sistemas de comunicaciones. He reprogramado los parámetros para adaptarlos a la contracción temporal, pero será sólo útil en las próximas dos horas y diecinueve minutos. En ese momento será necesario hacer una nueva reprogramación.

—¿Afecta también a las comunicaciones internas o se trata de un problema diferente?

—Afectaba también a las comunicaciones internas, pero he derivado el sistema interno para que funcione de modo independiente.

—Gracias, Magnus. ¿Podemos acceder al nivel treinta y siete?

—Sí, pero es aconsejable que sean las unidades LST las que realicen la reparación.

—De acuerdo. Krispi, lleva a tu ayudante a la zona averiada del nivel treinta y siete y repara los mamparos, las grietas y todo lo que te indique Magnus. Mantenme informada.

Cuando los dos androides desaparecieron tras las puertas del ascensor, Helena notó más que nunca la soledad, como si el amasijo de chatarra llamado Krispi fuera su única compañía.

—Magnus, ¿dónde está *John Lee*?

—¿Te refieres al gato?

—Claro.

—Está en tu apartamento.

—Bueno, no estoy sola, también está *John Lee*.

—He decidido ponerme a trabajar inmediatamente en mi propio proyecto —dijo Helena a la pantalla—. Lo llamaré «operación Eva». Me gusta ese nombre. Lo primero era analizar mi propia morfología, mi albinismo y la relación entre él y el virus conocido como LGX. Esa fase ha concluido. Al parecer, según he deducido de los informes, el virus reside en las células conocidas como melanocitos, de las que obviamente yo carezco. Bien, no carezco del todo de ellas, pero las pocas que tengo no son lo bastante receptivas, dice el informe, para albergar al exigente virus. Creo que en este momento conozco lo suficiente de mí misma. El segundo paso consistirá

en diseñar un programa capaz de orientarme paso a paso en todo lo que debo hacer para la inseminación. Conforme vaya desarrollando el programa iré obteniendo la información médica que necesite, pero al mismo tiempo voy a seguir un curso de medicina básica que incluiré también en el programa. El siguiente paso será estudiar el funcionamiento y los conocimientos de los androides especializados en apoyo médico. No sé gran cosa de ellos, pero sí tengo suficientes conocimientos de ingeniería para llegar a dominarlos y reprogramarlos si fuera necesario. De todos los pasos que vaya dando enviaré informes a la estación con la intención de que especialistas médicos los analicen y me den las instrucciones oportunas. Magnus se está ocupando de un modo satisfactorio del funcionamiento normal de la nave, aunque tengo que ir activando cada vez más androides LST que se ocupen del mantenimiento. Esto es como llevar un hotel de cinco estrellas sin servicio doméstico. Bien. Eso es todo por el momento.

Victor Marek despertó con la sensación de que su cuerpo pesaba más de lo normal. Por un momento pensó en algo como un frenazo, una pérdida de gravedad o algo así, pero luego recordó el licor de nueces y vio la botella vacía descansando en el suelo, todavía al alcance de su mano.

—Quiero irme de aquí —murmuró todavía con un inmenso dolor de cabeza.

Habían pasado seis meses desde el lanzamiento al espacio exterior de la *Alexander Yuriatin* y la audiencia que seguía su magacín había perdido interés en la vida de la doctora Helena Vlasova, la única superviviente de una operación que lo había sido todo, la mayor hazaña de la humanidad y el mayor de los fiascos. La orden de regresar a Marte o de desvincularse de la agencia había pillado a Marek en un mal momento y había optado por tomarse un respiro cogiendo una buena borrachera con lo único alcohólico que tenía a mano, un repulsivo licor que le había dejado una resaca inmensa.

Hacía dos meses que el equipo de la misión Alpha Centauri había sido desmantelado, aunque no totalmente. Lubistch había regresado a la Tierra con la última nave correo, camino de la jubilación, y Smith, el misterioso señor Smith, se había quedado al mando de un reducido equipo con la única misión de hacer creer a los sufridos humanos que no habían abandonado a su suerte a la doctora Vlasova.

En la sala de comunicaciones, Marek leyó el último mensaje y luego se quedó mirando a Smith.

—Me voy —le dijo.

El otro no contestó. Tecleó para guardar la comunicación de Vlasova y luego se volvió hacia Marek con una expresión vacua.

—¿Me ha oído? —siguió Marek—. Esto ya no va a ninguna parte. No hago nada aquí. Seis meses para enviarle unos cuantos mensajes y eso es todo. A nadie le

interesa ya lo que estoy haciendo. He pedido la baja en la agencia y me vuelvo a mi casa en Marte. Dentro de tres años estaré allí. A tiempo de retirarme y romper amarras, y luego un año más y a la Tierra. A mi granja. Llevo demasiado tiempo en esto.

—Para ella apenas han pasado veinte días —dijo Smith.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las fechas y las horas de sus comunicados. Su velocidad es ya inmensa, el tiempo se contrae y la estamos perdiendo.

—Más a mi favor —afirmó Marek—. ¿Qué deduce de su último comunicado?

—Que progresa y que su vida tiene un sentido. Seguramente se está haciendo a la idea de que ya no nos necesita.

—Ya. Bien. Espero que le vaya bien, pero supongo que aún le harán falta los médicos, si es que esta locura de comunicaciones se puede mantener.

—Por el momento sí. —Smith sacudió la cabeza—. A mí también me gustaría dejarlo ya. Es como mirar a un pájaro que se va alejando. No va a volver ni puedo hacer nada por él. Hágame un favor. Una última comunicación. Dígale que a partir de ahora serán los médicos, especialistas en ginecología, fecundación y obstetricia, los que van a hablar con ella.

—¿Y usted? ¿Se marcha también?

—Pronto —respondió Smith—. En cuanto yo mismo diga que ya no soy necesario aquí. Me enviarán a cualquier otra parte. Tal vez a las minas, o al sistema de Júpiter.

—Se acabó Alpha Centauri —dijo Marek.

—Para nosotros me temo que sí. Pero no se deprima. En realidad, aunque todo funcionara a la perfección, estaríamos en la misma situación, perdiéndoos por momentos. Al menos, para mí es un consuelo.

La gran nave *Argonaute* lanzó sus *fingers* hasta los muelles de la Estación Titán, y los sistemas automatizados empezaron a descargar de inmediato las mercancías. Por el *finger* principal empezaron a desfilar los pasajeros, despiertos de su hibernación hacía apenas dos días, intentando ver por los ventanales la imagen del gigantesco Saturno, el espectáculo más maravilloso que jamás hubieran contemplado en sus vidas.

Acomodado en la lanzadera, Víctor Marek se había sumergido en sus propios pensamientos, tratando de hacerse a la idea de que su vida, a pesar del importante giro que iba a dar, no estaba acabada, ni mucho menos. A punto de cumplir los sesenta años, le quedaban por delante todavía unos cuarenta, aplicando simplemente la estadística de finales del siglo XXIV. Tal vez un poco menos de lo que debía de

quedarle a Helena Vlasova.

Con un gesto y una sonrisa, Marek agradeció al auxiliar de vuelo el refresco que depositó en su mano y contempló el hermoso espectáculo ocre de Titán, donde había pasado el último año de su vida. Por un momento pensó que no había valido la pena, que seis años de viaje entre ida y vuelta para cubrir en primera persona una información era algo que ya estaba obsoleto, que nada lo podía justificar. «Los espectadores se deben acostumbrar a que la información ya no necesita informadores», le había dicho él mismo a su jefe. Elevó la copa, brindando por los seis mil mineros atrapados bajo la superficie del satélite y luego apuró el cóctel tranquilizante y antiestrés.

—¡Eh!, señor Marek.

—¡Vaya, capitán! —exclamó sorprendido.

La ahora capitán Ivanovna le estrechó la mano con fuerza y se sentó junto a él. Al margen de su graduación, una estrella más, poca cosa más había cambiado en ella desde que la había conocido un año atrás. Seguía siendo una mujer joven, de cara angulosa y expresión un tanto fría, pero con muchas buenas cualidades cuando las dejaba salir a la superficie.

—¡No me diga que deja Titán! —exclamó Marek.

—Pues sí. Vuelvo a la Tierra después de cinco años. Se iba usted sin despedirse.

—No me gustan las despedidas.

—Tiene usted razón. A mí tampoco. ¿Qué piensa hacer?

—Por el momento me voy a Marte. Tal vez trabaje un año más, aún no lo sé. Y luego a la Tierra.

—Ja —rió Ivanovna—. ¿A su granja de Queensland?

—Eso es.

—Es una pena —dijo Ivanovna.

—¿A qué se refiere? ¿A mi retirada del periodismo?

—No. —La capitán rió de nuevo—. Me refería a la misión, a Alpha Centauri. Ha suscitado un gran debate en la Tierra. Los partidarios de olvidarse del salto al espacio han ganado adeptos. Yo diría que se equivocan, que eso es estancarse.

—Estoy de acuerdo —dijo Marek—. Su tiempo también se contrae.

Ivanovna le miró sin entenderle. Al fin y al cabo no tenía por qué saber que lo que más le dolía de todo aquello era su vieja amiga Natalia, o Helena, perdida en la inmensidad del espacio.

Desde el fondo de la lanzadera, Marek notó el temblor de los motores y la pequeña nave se elevó en el hangar enfilando hacia la *Argonaute*.

—Bienvenidos a la lanzadera *Cástor* perteneciente a la nave planetaria *Argonaute* —dijo una voz—. El trayecto hasta la nave durará veinte minutos y desde las ventanas de estribor podrán admirar una imagen irrepetible del satélite Titán sobre el

fondo de Saturno. Muchas gracias.

—Bien —dijo Ivanovna—, disfrutemos del viaje, ¿no le parece?

—De acuerdo, pero no crea que se me ha olvidado que me encerró en un calabozo. Se lo perdonaré si me consigue un poco de whisky.

La capitán Ivanovna rió de buena gana mientras la lanzadera se deslizaba veloz hacia su nave nodriza.

VII

La Ciudad de las Estrellas de Sydney ofrecía un sinfín de posibilidades de ocio, pero para el joven Jean Jobert, recién llegado de Europa, no tenía atractivo alguno. A bordo del veloz deslizador vio pasar ante sí la inmensa pista, los hangares con las lanzaderas, los estilizados edificios y los lejanos bosques de eucaliptos. El aeropuerto en el que acababa de aterrizar, primer paso para el salto al espacio infinito, era sólo uno de los cuatro que enlazaban la Ciudad de las Estrellas con el resto de la Tierra. Desde allí, las lanzaderas establecían un puente aéreo permanente con la Ciudad Espacial, en órbita, donde las grandes naves entraban y salían con destino a su viaje de años hacia los planetas exteriores.

No obstante, para Jobert, reportero de la agencia Europa News, el trayecto no iba a ser tan largo, ni mucho menos. El viaje emprendido en París hacía unas horas le iba a llevar a una granja agrícola perdida en el nordeste australiano, a un rincón de Queensland, lejos de la vorágine de la gran ciudad.

El taxi le dejó en el aeropuerto Foster, central de los vuelos interiores, y en pocos minutos el jet subsónico se elevó con su docena de pasajeros a bordo en dirección a Townsville.

Era ya noche cerrada cuando aterrizó en el pequeño y moderno aeropuerto, pero al entrar en la ciudad, pareció como si de golpe el tiempo hubiera retrocedido al siglo XXI o a finales del XX. Viejos letreros de neón centelleaban sus azules y sus rosados y las luces de baja intensidad dejaban ver un cielo negro atiborrado de estrellas.

Aquella noche, Jean durmió bien en un confortable y pequeño hotel, y por la mañana le despertó el ajetreo de una ciudad agitada por los zumbidos de los viejos vehículos eléctricos. Se veían muy pocos deslizadores, que junto con las grandes pantallas publicitarias daban una escasa imagen de modernidad.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando el miniHarrier de despegue vertical salió del aeropuerto rumbo a Croyden. Jobert aprovechó las dos últimas horas de viaje para repasar una vez más los datos del hombre al que debía visitar. Victor Marek, ochenta y ocho años, periodista retirado de la agencia Mars Town y de muchas cadenas de televisión. Premiado infinidad de veces, condecorado y reconocido por varias universidades. Nacido en Marte. Uno de los últimos profesionales que habían viajado a los lugares donde se producían las noticias, antes de que aquello pasara de moda definitivamente. De algún modo, el propio Jobert estaba recuperando aquel viejo método. Marek se había negado a mantener con él una simple charla virtual. «Quiero olerle, amigo, el olfato no engaña», le había dicho. Y allí estaba Jean Jobert, viajando hasta una comarca perdida cerca de un tal torrente Norman donde Marek pasaba su jubilación cultivando verduras y criando avestruces.

Después de un infernal viaje en deslizador casi aplastado por el sol, Jobert se

encontró frente a un hombre de estatura mediana, con la piel tostada y el cabello blanco. Vestía un traje térmico azulado y llevaba al cuello un antiguo pañuelo de cuadros que podía haber estado en un museo. Sin embargo, a pesar de las arrugas y las canas, Victor Marek tenía una chispa de vivacidad y de inteligencia en los ojos que no pasó desapercibida al escéptico periodista.

—¿El señor Marek? —dijo, tendiéndole la mano.

—¿El señor Jobert? —contestó él, estrechándosela.

Dentro de la casa, Jobert empezó a pensar que, después de todo, Marek no andaba equivocado sobre cuál era el modo de vivir bien. Era una construcción que sólo por el estilo recordaba a una vieja granja. Dentro, la decoración contribuía a reforzar esa sensación, pero el clima, los accesorios y los sistemas de mantenimiento y de comunicaciones la ponían a la vanguardia de la tecnología.

—Tiene usted una casa magnífica —comentó.

—¿Se esperaba una granja como la de las viejas películas? Tengo algunos empleados, un par de androides y un sistema automatizado como el del Ministerio de Defensa. Le aseguro que no vivo en el pasado. Sólo que me gusta la soledad y aquí la tengo si me hace falta.

—Extraño para un hombre nacido en las colonias marcianas.

—Tal vez. ¿Usted dónde ha nacido?

—En París —contestó Jobert.

—¿Y nunca ha salido al espacio?

—Lo normal. He estado en la Luna, en la estación espacial, y virtualmente...

—¡Oh, los viajes virtuales! ¿Quiere una copa?

—Sí, gracias. ¿No le gustan los viajes virtuales?

—Ya sabe que no —dijo Marek mientras una silenciosa barra parecía materializarse desde la pared.

Preparó dos vasos de un azul celeste, escarchados, y le alargó uno a Jobert.

—Pruebe esto. Se llama *margarita blue*. Es una variedad de la tradicional margarita mexicana. ¿Conoce México?

—Sí. He estado allí. Es usted un enamorado de la Tierra.

—Nos suele pasar a los alienígenas —dijo sonriendo.

—¿Qué le hizo dejar el periodismo?

—¿Esto es ya la entrevista?

—Eso depende de usted, pero básicamente estoy interesado en conocerle. Es usted algo así como un mito en la profesión.

—Una especie de ballena.

—Yo no diría tanto.

—Vamos, no se corte. —Marek se rió—. Los tipos como yo están extinguidos, pero eso no deja de ser normal. Me jubilé hace veinte años, o dieciocho para ser

exactos. Ahora todo funciona de modo virtual. Usted puede montar su reportaje sobre Titán sin moverse de su casa. Bien, en mi época también se hacía, o se podía hacer, pero aún se valoraba que el autor visitara el lugar de los hechos. Claro que la fidelidad de una grabación dependía mucho del profesional que la hacía.

—Ahora nos permitimos ser más creativos, la tecnología ya no es problema.

—La tecnología siempre es un problema, amigo mío —dijo Marek escéptico—, aunque no lo parezca. Pero seguro que pensará que eso son cosas de viejos. ¿Ha leído algo sobre el intento de golpe de Estado de Fujida el siglo pasado?

—Sí, es un tema interesante.

—La tecnología al servicio de la tiranía. Lo mismo que en la guerra. Fujida usó por primera vez los LST de combate. Máquinas maravillosas, eficaces, inteligentes. Androides con lo peor del ser humano: la agresividad, la violencia, la frialdad. Y un buen día actúan de manera imprevisible y no quieren pelear. Todavía hoy se estudia por qué se comportaron de esa forma.

—Las comunicaciones no se nos rebelan. Obedecen.

—Eso cree usted. Sí, eso cree. ¿Quiere hablar de la misión Alpha Centauri?

—Ésa era mi intención —dijo Jobert.

—Las comunicaciones. Ése era uno de los problemas.

—Aún lo es.

—O sea que la misión no se ha terminado —dijo Marek, súbitamente interesado.

—Teóricamente sí. Hace veinte años se canceló y se disolvió el equipo de seguimiento en Titán.

—¿Y en la práctica?

—He estado en el centro espacial de Houston y en el de Baikonour —dijo Jobert—. He visto los archivos. He hablado incluso con la general Ivanovna.

—¿General? ¡Vaya carrerón! Hace años que no sé nada de ella. ¿Qué hace?

—Se licenció en el sesenta y ocho, nada más conseguir su estrella.

—Una persona interesante. ¿Le apetece comer un delicioso estofado de avestruz?

—¿Por qué lo dejó todo? —volvió a preguntar Jobert, con la taza de café a medio camino hacia sus labios.

—Por nada en particular. Si piensa que me sentí especialmente mal por lo que pasó, le diré que no. Nada de eso. Mi ciclo se había acabado. Tenga en cuenta las circunstancias. Cuando salí rumbo a Titán, en el cuarenta y dos, yo tenía cincuenta y dos años, estaba en lo mejor de mi carrera y podía trabajar, si quería, durante diez años más, o quince. Hasta que me ofrecieron ir a Saturno. Imagínese, tres años de viaje hibernado, una estancia de tres o cuatro años, más otros tres años de vuelta. Eso sin contar con que yo quería acabar aquí en Queensland, y que ya tenía el terreno comprado. Es lo que nosotros llamábamos un «reportaje terminal». El último y luego

la jubilación.

—Pero sólo estuvo allí poco más de seis meses.

—Sí. Se jodió todo. Y perdone por la expresión.

—¿Qué pasó exactamente? Se dijo que un virus, pero nunca llegó a saberse realmente. Fue declarado alto secreto y no hubo explicaciones. Y sigue sin haberlas.

—Un virus —dijo Marek mientras servía otra taza de café a ambos.

El sol se estaba poniendo, tiñendo de rojo la campiña. Marek se puso en pie y contempló los campos mientras sorbía su café humeante.

—¿Sabe que reciclamos el ciento por ciento del agua? —dijo—. Como en cualquier nave espacial o en las colonias exteriores. En la que yo nací, en Marstown, nadie se imaginaba lo que era ver correr el agua, y eso que ya se había conseguido entonces regenerar algo a partir del hielo del subsuelo. Pero la exuberancia de la Tierra... No hay nada en el espacio como esto.

—¿Ni siquiera NW-17?

—Mire, mi querido amigo, siempre he dudado que ese planeta tenga las mínimas condiciones. Y le diré más, algunas veces he dudado que exista.

—Mucha gente lo ha dudado siempre. Pero la Agencia Espacial dijo que sí, que existe y que es habitable.

—Sí, un virus —repitió Marek como para sí.

—Hábleme de eso —le apremió Jobert.

—O sea que sigue existiendo comunicación con la nave *Alexander Yuriatin* —siguió Marek, replegado sobre sí mismo—. No lo esperaba. En realidad me desentendí de todo aquello, pero supongo que es posible, aunque mi pobre amiga Natalia estará tan vieja como yo y...

—No, señor Marek. En eso se equivoca. Los tripulantes no están tan viejos como usted.

—Ya. La contracción del tiempo. —Marek se sorprendió, ya que el joven hablaba de tripulantes, en plural. ¿Lo habrían mantenido tan en secreto que nadie sabía que habían muerto?

—La contracción temporal y el efecto Doppler causaban problemas en las comunicaciones —siguió Marek—, y supongo que aún los causan, ¿no?

—Algunos, pero no estoy muy informado de cuestiones técnicas, la verdad. Tengo mis fuentes y he conseguido una información que, creo, es mucho más interesante.

—Vaya, señor Jobert, ¿y la va a compartir conmigo?

—Un intercambio —contestó Jobert.

—¿Qué quiere de mí? —dijo Marek después de soltar una carcajada.

—La historia, su historia. Todo lo que fue censurado y no pudo enviar a la Tierra. Qué pasó, qué sabe usted de ese virus, si es que existe, quién era el famoso señor

Smith que desapareció en el satélite.

—¿Y a cambio, cuál es esa información tan interesante que va a darme?

—El tiempo, señor Marek. Sé el tiempo que ha transcurrido en la nave en los dieciocho años que hace que usted salió de Titán.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Marek, tenso por primera vez en toda la charla.

—Tres meses, trece días y... —Jobert miró su reloj— dieciséis horas...

VIII

—Magnus. Quiero un informe de las posibilidades de embarazo en seres humanos. — Helena se echó hacia atrás en el asiento reclinable y tomó en sus manos la taza de chocolate caliente. Junto a ella, sobre la mesa, *John Lee* ronroneaba, jugueteando con un cable.

—¿De embarazo o de reproducción? —dijo la voz del ordenador.

—Vaya. Sutilezas. Hablemos de... por el momento, de embarazo.

La pantalla ofreció a Helena al momento una especie de reportaje almibarado con niños llorones en sus cunas, parejas con amplias sonrisas y casa con jardín. La visión de parejas haciendo el amor causó en Helena una sensación extraña.

—Magnus. Por razones obvias creo que podemos prescindir del método... diríamos normal. ¿De acuerdo? Dame un informe médico de posibilidades de embarazo... sin participación masculina directa.

Magnus no contestó y la pantalla cambió a un amplio reportaje sobre reproducción asistida, in vitro y clonación. A medida que las explicaciones se iban desgranando y dando detalles, Helena las anotaba mentalmente, las hacía avanzar y retroceder y se iba haciendo una idea cada vez más clara de lo que estaba buscando.

—Magnus, ahora quiero que vuelvas a explicármelo todo otra vez, pero con criterio médico, profesional, ¿entiendes?

—Entiendo.

Esta vez fue más difícil. Helena tenía que detener el relato continuamente y usó la grabadora de voz para ir anotando datos y acumulando reservas y preguntas.

—Magnus, ¿la clonación me garantizaría un embrión albino?

—Al noventa por ciento.

—¿Por qué no al cien por cien?

—Porque en tus genes tienes latente la pigmentación humana normal de la piel blanca. En algún momento del proceso podrían convertirse en dominantes.

—Pero puedo seleccionar los genes.

—Desde luego. Entonces las posibilidades se disparan al noventa y ocho por ciento.

—Sí. —Helena se quedó pensativa un momento, acariciando con el dedo al gatito—. ¿Qué posibilidades hay de embarazo con implantación de un embrión clonado?

—Las mismas que si es un embrión fertilizado con espermatozoides externos.

—¿Y eso es?

—Del sesenta por ciento.

—Bien. Ahora grabaré un mensaje para Titán, pero no lo envíes hasta que lo repasemos con detalle.

Aquella noche, a Helena le costó mucho conciliar el sueño. No estaba segura, pero tenía que haber soñado algo relativo a todo aquel asunto porque se despertó de pronto con la sensación de que algo en su interior no iba bien. De hecho, cayó en la cuenta, de pronto, de que su menstruación se había retrasado. «¿Es cierto? —se dijo—. ¿Se me ha retrasado?». Su diario de papel encuadernado con una espiral metálica, uno de los objetos personales que había llevado con ella a la nave, para regocijo y burla de sus compañeros, no le dio ninguna información, pues hacía más de tres meses, desde los aciagos días del virus, que no había hecho anotación alguna.

—¡Magnus! ¡Magnus!

—¿Qué ocurre, Helena?

—¿Sabes si... si he tenido mi menstruación normal? No sé, no lo recuerdo...

Hubo un instante de silencio y Helena se sintió mareada y a punto de vomitar.

—Tengo datos que confirman que has tenido tus menstruaciones, o al menos así lo indican algunos parámetros.

—¿Qué quieres decir? ¿No puedes hablar claro?

—Quiero decir que sólo puedo analizar datos indirectos, como higiénicos, análisis de aguas residuales, máquinas lavadoras, desperdicios y partículas en suspensión...

—De acuerdo, de acuerdo. Perdona. Estoy un poco nerviosa. ¿Qué hago discutiendo con una máquina? Me voy a volver loca...

—Buenas noches, Helena.

—¡Lo que faltaba! Buenas noches.

—Debes saber que incluso sin producción propia de óvulos, las posibilidades de...

—¡Cállate!

Los exhaustivos análisis de sangre y orina y las biopsias de sus escasos melanocitos no habían detectado rastro alguno del virus, pero aun así, Helena, cuando recorría los pasillos, sentía como si su visitante, el maldito virus asesino, estuviera agazapado en los rincones, esperándola tras una brillante columna, en el fondo de un vaso o desplazándose silencioso por el aire.

—Magnus, ¿has analizado el aire?

—No me lo has ordenado.

—Hazlo.

—¿Y qué busco?

—El virus LGX. ¿Puedes hacer una desinfección total de bacterias y ácaros?

—No es conveniente. Existen millones de ácaros beneficiosos y aun absolutamente necesarios para la vida, ya lo sabes.

—La vida. ¿A esto le llamamos vida?

—Te recomiendo una sesión de psicología virt...

—¡Cállate! Calla por...

—Acaba de llegar una comunicación de Titán.

—Pásala a la sala.

Helena se vio a sí misma corriendo por el bruñido pasillo en dirección a la sala de comunicaciones. Hacía días que había reconocido que su único modo de comunicarse, de sentirse humana, pasaba por ese sutil cordón umbilical con la estación de Titán, pero también, y en cierto modo, con Magnus o con Krispi.

—Lista, pásala —dijo nada más tomar asiento.

—Un momento, Helena, tengo que reorganizar la señal. Tiene efectos desconocidos y llega en muy mal estado. Tardaré unos segundos.

—De acuerdo.

La persona que apareció en pantalla era totalmente desconocida. Era una mujer, no vestía uniforme y debía de tener unos cincuenta años o menos a juzgar por su piel tersa y sus rasgos un poco añejados. Le sonrió como si pudiera verla y luego se acercó un poco al objetivo, como si quisiera hablarle en confianza.

—Doctora Vlasova. Soy la doctora Van der Lubbe, doctora en medicina. Soy experta en reproducción, aunque en materia de mecánica o de electrónica soy una nulidad, se lo aseguro. —Hizo una pausa para beber agua—. He sustituido al señor Marek, creo que se ha jubilado o algo así...

«¿Jubilado? —pensó Helena—. Si tiene mi edad...».

—... y de todos modos le seré más útil que un hombre. Verá, hemos analizado sus posibilidades, tal y como usted nos ha pedido, y la conclusión del comité que sigue el proceso es que la clonación y selección de genes y embriones es la mejor solución para conseguir un bebé... ellos hablan de feto —añadió como si le hiciera una confidencia—, ya sabe, con sus mismas características de albinismo. No obstante, algunos de los miembros y yo misma no estamos de acuerdo con esa posibilidad y hemos considerado necesario exponerle nuestras dudas. La manipulación genética y la clonación son técnicas extremadamente complejas. Muy complejas, demasiado, opinamos una minoría del equipo. —La doctora Van der Lubbe volvió a beber agua. ¿Estaba nerviosa?

Helena escuchó atentamente sus explicaciones técnicas. Detuvo un momento la grabación y se tomó unos instantes de reposo. Le empezaba a doler la cabeza.

—Helena.

—Sí, Magnus.

—He detectado la presencia del virus LGX en el aire.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿De dónde sale?

—No tengo datos suficientes. Tal vez de los cadáveres, pero no tengo informes actualizados.

—Krispi. ¿Krispi?

—Sí, doctora.

—¿Dónde estás?

—Módulo A. Nivel 37.

—¿Qué haces?

—Compruebo las reparaciones.

—¿Hay algún problema?

—En absoluto.

—Vuelve al centro de comunicaciones.

—Estaré allí en seguida.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Magnus.

—Una horrible jaqueca.

—¿Quieres algún analgésico?

—No. Krispi me hará un masaje.

Helena conectó de nuevo la grabación y volvió a oír las características técnicas de la clonación y la selección genética.

—¡Dios santo! —exclamó—. No lo conseguiré nunca.

—... sin embargo —seguía la doctora Van der Lubbe—, la fecundación in vitro mediante esperma de un donante escogido, de los que sin duda usted dispone, es relativamente sencilla, y puede optar entre la implantación del óvulo en el útero, que no la engaña, tampoco es fácil, y el desarrollo in vitro y en las cámaras Netsky con las que va equipada la nave.

—¡Joder! —exclamó Helena.

Krispi había aparecido silenciosamente y se había colocado tras ella, esperando instrucciones.

—Naturalmente, queda la opción, digamos, más sencilla desde el punto de vista técnico y que entraña diversos riesgos. Es la fecundación artificial en su propio útero mediante una inyección de esperma. Es relativamente sencillo. Estoy segura de que tiene usted conocimientos suficientes y ayuda técnica. El problema es que utilizará usted un esperma con su información genética sobre melanocitos y que el índice de acierto puede estar en el treinta por ciento. Pero —la doctora volvió a acercarse— entre nosotras... ésa es la opción que elegiría una mujer. Será usted madre, con todas sus connotaciones, bueno, o casi todas. Si no sale bien a la primera, puede usted repetirlo cuantas veces sea necesario, y cada vez lo hará mejor. Eso sí, elija siempre un donante de piel lo más blanca posible. Su... indeseable compañero de viaje puede que aún esté vivo en algún lugar. No tenemos suficiente información. Bien, eso es todo en lo que se refiere a su proyecto. Ahora hablemos de su inquilino...

Helena cortó el mensaje y se dejó caer hacia atrás.

—Krispi —llamó.

El androide posó en su cuero cabelludo sus dedos metálicos con una suavidad que parecía imposible y empezó a masajear la cabeza de Helena.

—Eres el hombre perfecto —dijo Helena y cerró los ojos—. Magnus, ¿cuántos hombres fértiles había en la nave hasta la aparición del virus?

—Ciento veinticinco, ciento diecinueve descontando a niños impúberes.

—¿De cuántos tienes esperma congelado?

—De ciento diecinueve.

—Hazme una base de datos con las características de los ciento diecinueve.

—La tengo.

—Elimina de la lista a todos los de piel negra.

—Listo.

—¿Cuántos quedan?

—Sesenta y ocho.

—¿Hay alguno con características albinas?

—Ninguno, Helena.

—¿Tienes datos sobre el color de la piel?

—¿Te refieres al tono?

—Eso es.

—Lo tengo.

—¿Cómo lo tienes clasificado?

En la pantalla apareció una paleta de colores rectangulares en diversos tonos de piel. Helena se incorporó para mirarlos detenidamente e hizo un gesto con la cabeza para que Krispi dejara de masajearla.

—¿Tienes datos sobre la calidad de semen?

—Sí, Helena.

—Elimina los de menos de veinte millones de espermatozoides por mililitro.

—No hay ninguno.

—¿Cuál es el límite superior de concentración?

—Dos casos superan ligeramente los veinticinco millones por mililitro.

—¿Y la movilidad?

—Todos están dentro de los parámetros normales.

—Elimina a todos los que posean alguna enfermedad genética latente.

—Existen predisposiciones con porcentajes ínfimos.

—Elimínalos. ¿Cuántos quedan?

—Sesenta y dos.

—Haz un promedio de presencia de espermatozoides y elimina a los que queden por debajo.

—Quedan cincuenta.

—¿Tienes datos sobre la presencia genética de melanocitos?

—Los tengo, pero los parámetros son semejantes en todos los individuos.

—Haz un promedio y elimina los que lo sobrepasen.

—Quedan veinticuatro.

Helena se quedó un instante pensativa. Era una sensación extraña. Así se debía sentir una princesa cuando elegía a su futuro marido.

—¿Se te ocurre algún parámetro más para eliminar candidatos? —preguntó.

—Tal vez deberías ir a elementos positivos, como la inteligencia.

—De acuerdo, búscame los coeficientes intelectuales más altos.

—Hay seis casos de coeficientes entre ciento diecinueve y ciento veinticuatro, un caso de ciento cuarenta y uno. El resto están entre ciento diez y ciento diecinueve. ¿Quieres datos del test afectivo de Klaus?

—Sí.

—Doce de nivel C.

—Cruza los doce con los seis casos entre ciento diecinueve y ciento veinticuatro.

—Hay dos coincidencias —dijo Magnus.

Helena sintió que el corazón le latía con fuerza.

—Selecciona esos dos como donantes. Ahora cruza los doce de nivel C de Klaus con los diecisiete de coeficientes intelectuales inferiores a ciento diez.

—Cuatro coincidencias.

—Bien. Dame características físicas de los seis. —Helena se quedó mirando los datos de la pantalla. Estaturas, pesos, color de los ojos y pelo, incluso curiosidades como el número de pie, la longitud de pene y señales corporales.

«¿Qué estoy haciendo? —se dijo—. ¿Es necesario?».

—Magnus.

—Sí, Helena.

—¿Tienes filmaciones de esos seis... tripulantes?

—Claro. ¿Quieres verlos?

—No lo sé.

—Puedo esperar, Helena.

El termómetro del enorme hangar señalaba casi sesenta grados bajo cero. Helena se sentía cómoda dentro del traje, tanto por la agradable temperatura que le proporcionaba como por el aire tibio que le entraba regularmente en los pulmones. A través del visor, convenientemente climatizado, podía ver con toda claridad el amplio espacio cubierto por las doscientas cuarenta y nueve cajas metálicas en el suelo, las unas junto a las otras. Tras ella, Krispi y el nuevo ayudante que habían puesto en marcha permanecían en silencio. Habían transcurrido casi dos semanas desde la

última transmisión de Titán y Helena había empleado el tiempo en sus estudios de medicina. Se sentía muy capaz de adquirir los conocimientos suficientes en un tiempo récord y, en realidad, los exámenes parciales a los que la sometía Magnus estaban resultando satisfactorios. Pero nada de eso tenía sentido sin neutralizar a su asesino, al inquilino, como le había llamado la doctora Van der Lubbe.

—Magnus. ¿Sería posible lanzar al espacio todos los... féretros?

—Desde luego, Helena.

Helena se paseó entre ellos. Era la primera vez que lo hacía y no fue capaz de determinar qué era lo que sentía exactamente. No había nombres en las cajas metálicas, todas del mismo gris brillante y todas del mismo tamaño. Ni siquiera podía saber cuáles pertenecían a los niños. A Jan, el rubísimo hijo de los Hendrik, o a Phillipe, del más negro ébano, hijo de Sara Mboma, el genio del ajedrez y de los ordenadores. De pronto el llanto la rompió y se dejó caer de rodillas, sollozando con fuerza.

—¿Quiere una taza de chocolate, doctora? —dijo la voz de Krispi.

Anegada en lágrimas, Helena no pudo contener la risa.

—No, Krispi. Gracias, ahora no. ¿Magnus?

—Sí, Helena.

—¿Cuánto tardarías en lanzar al espacio los féretros?

—Cuestión de un par de horas, pero... ¿cuál es la finalidad de esa acción?

—Verás... temo que el virus viva todavía en ellos. No me veo con ánimos de exhumarlos a todos y hacerles un examen forense. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Y hay algo más... No tiene sentido guardarlos aquí para... nada. El espacio es un buen sitio para que se pierdan...

—Eso no es exacto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la nave *Alexander Yuriatin* es el único objeto espacial en este sector. Estamos a una distancia del orden de cincuenta mil millones de kilómetros de Sedna...

—¿Qué dices?

—Cincuenta mil millones de kilómetros según la última lectura, pero se hace difícil hacer medias, dado que seguimos una aceleración constante y los tiempos se contraen...

—Déjalo. ¿Qué me ibas a decir?

—Que somos el único objeto en el espacio entre el sistema solar y el sistema Alpha Centauri y, por tanto, la única atracción gravitatoria significativa, y todo objeto lanzado desde esta nave tenderá a girar en torno a ella.

—¡Dios santo!

—Te recomiendo la incineración. Era el sistema previsto inicialmente y existen las instalaciones adecuadas. En menos de veinticuatro horas podría estar listo.

—¡Dios!

—¿Quieres que prepare un oficio religioso?

—No, Magnus, no quiero. Krispi.

—Sí, doctora.

—¿Sabes lo que es una inhumación, un enterramiento?

—Por supuesto, doctora Vlasova.

—Pues quiero que cojas uno de los féretros, de los pequeños, y lo entierres en una parcela de césped en Bio-2. ¿Sabes la profundidad y todo eso?

—Lo sé, doctora.

—Pues hazlo. Magnus, con el resto procede a la incineración.

—Sí, Helena.

—Y luego guarda aquí las urnas y sella este hangar. Por cierto, prepárame las filmaciones de los seis seleccionados, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, Helena.

La granja del torrente Norman, en Queensland, tenía el mismo aspecto que doce años atrás. Tal vez los eucaliptos eran un poco más altos y la hierba un poco más amarilla, pero, por lo demás, a Jean Jobert le dio la misma impresión que le había dado entonces. El aerodeslizador le dejó muy cerca de la casa, junto a media docena más, un poco polvorientos y refulgentes al sol. La tumba estaba abierta detrás de la casa, con la amplia llanura al frente, el rumor del agua cercana y los setos altos y todavía bien recortados. Había una docena de personas más, pero Jobert se fijó inmediatamente en la general Ivanovna. Seguía manteniendo su porte erguido, los rasgos duros y afilados, y el pelo se le había vuelto más blanco, sin concesiones a la coquetería.

—¿General? —dijo Jobert, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó, frunciendo el ceño, sin reconocerle.

—¿Le conozco? —dijo.

—Jobert. La entrevisté hace doce años en...

—¡Ah! Cielos, perdóneme. —Le estrechó la mano con más fuerza—. La edad, ¿sabe? Voy a cumplir los ciento veinte y la memoria va fallando. ¿Cómo está usted? ¿Consiguió lo que se proponía?

—Por supuesto que no —contestó Jobert, sacudiendo la cabeza—. Marek me lo contó todo, sí, pero no hubo forma de que me autorizaran a contactar con... ya sabe usted.

—Sí, lo sé. Lo siento, pero se lo advertí. Es alto secreto y seguirá siendo alto secreto. Cada vez más.

—De todos modos no he desistido —aseguró Jobert—. Tengo una entrevista la próxima semana. No sé ni con quién la verdad, pero es alguien que, dicen, podría autorizar una charla con Titán.

—Hablar con Titán no es lo difícil, se lo aseguro. ¿Qué le contó nuestro amigo? —Señaló con la cabeza el féretro de madera junto a la zanja abierta.

—Pues que sólo hay una persona con la que hablar en la nave *Yuriatin* —dijo Jobert, bajando la voz hasta hacerla imperceptible.

—¿Entiende por qué el secreto? ¿Qué va a hacer usted con esa información?

—Me temo que nada. No puedo ir contando por ahí cosas que no puedo probar. De hecho, yo creo que la mayor parte de la gente cree que Alpha Centauri fue un fracaso y que todos están muertos. Incluso hay un par de películas en las que se cuenta la muerte de toda la expedición, explosiones nucleares, virus y esas cosas.

—¿Trata usted de sonsacarme, señor Jobert? —dijo la general con una sonrisa.

—¿Señor Jobert? —llamó un hombre de mediana edad y trajeado.

—Soy yo —respondió, tendiéndole la mano.

—Soy Robert Ender, editor de varias cadenas de televisión de Sydney y de Canberra. Es usted una persona muy conocida aquí.

—Gracias. Le presento a la general Ivanovna.

—¡Una general! Mis respetos o mis saludos, no sabría decirle. —Jobert sonrió, pero no así la general.

—¿No tenía familia el señor Marek? —preguntó la general.

—No que yo sepa —contestó Ender—. Sólo algunos amigos por aquí. Se los presentaré.

Transcurrieron casi dos horas entre las presentaciones y el sencillo y laico oficio fúnebre. La casa de Marek seguía siendo tan acogedora como Jobert la recordaba y un par de amigos del fallecido hicieron los honores como anfitriones.

—¿A qué se dedica ahora, general, si me permite la curiosidad? —preguntó Jobert.

—Jubilada. Ya sabe. Cuidar el jardín y escribir mis memorias.

—¿No tiene hijos, un marido, nietos?

—Soy un soldado, señor Jobert, eso no es compatible con el matrimonio y menos para un miembro de la flota exterior. Sólo en la ida y vuelta a Saturno me perdí los mejores años de la vida. ¿Y usted?

—Sí. Me casé, me divorcié, me volví a casar, tengo dos hijos que van a la universidad y me dedico al periodismo, aunque lo cierto es que tengo la mente en otro sitio.

La general calló un momento. Bebió un sorbo de la copa que tenía en la mano y luego sacó su comunicador del bolsillo de la americana.

—¿Cuándo tiene esa entrevista?

—El miércoles, en Baikonour.

—Le daré el nombre y el teléfono de una persona. Llámeme y dígame que va de mi parte, pero convencerle es cosa suya.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—No. A mí no. Agradézcaselo a Marek.

El hombre que recibió a Jean Jobert en el cosmódromo de Baikonour debía de tener al menos ciento treinta años, una edad notablemente avanzada incluso para lo que era habitual. Desde luego que, lógicamente, debía de estar ya jubilado, o al menos próximo a la jubilación. El despacho era todo lo sobrio que podía esperarse de un personaje que respondía únicamente al nombre de Smith. Cuando la general le dio su nombre, Jobert pensó que tal vez podría tratarse del mismo misterioso Smith del que Marek le había hablado y esa impresión se reforzó cuando se sentó frente a él en la incómoda silla metálica. De ser el mismo, tenía que haber sido un hombre muy joven cuando estuvo en Titán, haciendo lo que fuera que hiciese en torno a la operación Alpha Centauri. Por lo demás, podía tratarse de un funcionario cualquiera de la Agencia Espacial o de las compañías comerciales que tenían su base o sus oficinas en el gigantesco cosmódromo.

El despacho tenía un ventanal que daba a una de las pistas donde tres lanzaderas, con sus panzas abiertas, recibían carga y pasaje con destino a la Estación Espacial. Nada más entrar, Jobert se dio cuenta de que el ambiente y, probablemente, la conversación, iban a ser de lo más relajado. Música ambiental, café recién hecho y las paredes pintadas de un suave color pastel.

—Perdone que no me levante, señor Jobert, pero uno ya no está para muchos trotes. El médico me ha recomendado que no trabaje, pero él tiene la misma edad que yo y sigue en la brecha. Así que...

—Le entiendo.

—Pero siéntese, siéntese. ¿Un poco de café?

Jobert saboreó una taza mientras la conversación transcurría por lugares comunes como el momento político, la general Ivanovna o los recientes tifones en Asia que habían causado inmensos desastres. No obstante, Jobert no se dejó engañar por la aparente afabilidad de Smith. Los ojos vivos y duros del funcionario no dejaban de observarle y la ausencia total de elementos en el despacho hacía que su función y su personalidad quedaran en el anonimato.

—La general Ivanovna me ha pedido que le reciba y que le ayude en la medida de lo posible. Es una persona muy querida para mí y con la que me une una gran amistad. Creo que no le podría negar casi nada. ¿Qué quiere usted exactamente?

—Quiero hablar con Helena Vlasova.

El silencio fue la primera respuesta. Luego Smith tomó un sorbo de café y juntó

las manos frente a él, sobre la mesa pulida y vacía, como si rezara.

—¿Quién le ha hablado de Helena Vlasova? ¿La general?

—Marek.

—Marek. Debí suponerlo. No se lo reprocho. De todos modos cumplió su palabra la mayor parte del tiempo. ¿Qué le dijo?

—Que es la única superviviente del proyecto Alpha Centauri. Que sigue allí.

—Él no sabía si sigue allí —rezongó Smith.

—¿Pero sigue?

—¿Para qué quiere hablar con ella?

Jobert supo entonces que seguía viva.

—Es una exclusiva única en la historia del periodismo. Oír a alguien que está a miles de millones de kilómetros en el espacio... fuera del sistema solar. Quiero hablar con ella, saber qué pasó, qué planes tiene, cómo es la vida en solitario, condenada a ser el último ser humano.

—Apunta usted muy alto. ¿Tiene idea de los efectos de la contracción del tiempo? ¿El efecto Kaplan?

—Suficiente.

—¿Cómo de suficiente?

—Sé que en la *Yuriatin* han pasado apenas seis meses y que su aceleración es enorme, que se hace imposible aplicar las ecuaciones de Kaplan.

—¿Y el efecto Doppler?

—Sí, lo conozco. Las ondas de radio o de luz se separan tanto que provocan una deriva hacia el rojo.

—La luz hacia el rojo, pero las comunicaciones son exasperantemente lentas. Distorsiones de unas características desconocidas. En definitiva, lo que usted pide es imposible.

—¿No se puede hablar con ella?

—No en el sentido en que usted lo dice.

—Dígame entonces en qué sentido puedo hacerlo.

—Todavía no me he decidido a ayudarlo. De hecho, yo no existo, esta reunión tampoco y si no fuera por la general, jamás tendríamos esta charla.

—Lo sé.

—¡Vamos!, convéncame, señor Jobert.

—Creo que es inútil, señor... Smith. Usted ya ha tomado su decisión antes de que yo entrara por esa puerta. Sea lo que sea, está decidido y nada de lo que yo diga lo puede cambiar.

—Es usted una persona notable, señor Jobert. ¿Qué más le contó mi buen amigo Marek?

—Me habló de usted, de Ivanovna y de sus veleidades de juventud con Helena

Vlasova. Me habló de cierta... epidemia o algo parecido en la nave *Alexander Yuriatin*, aunque de eso no tenía demasiada información. Del Centro de Comunicaciones de Titán.

—Se desmanteló, ya no existe.

—Sí, eso me dijeron.

—¿Ha estado usted en la Estación Espacial? —preguntó Smith.

—Sí.

—Las comunicaciones con Titán, como usted sabe, están sujetas a protocolos especiales, las frecuencias son limitadas y luego está la seguridad.

—Sí, supongo que no es fácil.

—¿Qué está usted dispuesto a hacer por conseguir esa... entrevista?

—¿Qué quiere decir?

—¿Estaría dispuesto a viajar a Titán?

Esta vez sí que Jean Jobert se quedó sin habla. En sus planes figuraba moverse por todo el mundo sin ningún problema. De hecho, viajaba con frecuencia entre París, Sydney o Boswash, había dado clases en Londres y en Dakar y había estado en la Estación Espacial y en la Luna. Pero el salto a Saturno... eso era otra cosa.

—No sé si estoy dispuesto a viajar a Titán. Es una opción... vital, diría yo.

—Exacto. Es una parte importante de la vida dedicada a ello. Le aseguro que es algo impagable de lo que uno nunca se arrepiente.

—No parece usted una persona que se arrepienta de nada, si me permite decirlo, señor Smith.

Smith sonrió.

—Oficialmente, la operación Alpha Centauri se canceló en el año 2314 —siguió Smith—. Se desmantelaron las instalaciones en la estación de Titán y se repatrió a la mayor parte del personal. La nave se dio oficialmente por perdida, no hay comunicaciones, no hay constancia de nada, ni presupuestos, ni información. Nada. Titán se sigue dedicando a las actividades mineras. Hay un trabajo ciclópeo de regeneración de su atmósfera para hacerlo habitable, un trabajo de décadas o de siglos tal vez, se trabaja en Japeto y en Tetis.

—Pero... —dijo Jobert.

—Si está usted dispuesto a llevar a cabo su... idea, no le queda más remedio que viajar allí. Suponiendo que haya alguna comunicación con la nave *Yuriatin*, nunca saldrá del centro de recepción de Titán, jamás. Es alto secreto, y usted, yo o quien sea se juega la cabeza si esa comunicación sale del sistema de Saturno.

—Pero... ¿viajar a Saturno?

—Hay una nave equipada y lista, la *Huygens*, en la Estación Espacial. Creo que está prevista su salida a finales de marzo. Tiene usted dos meses para preparar su viaje, liquidar sus asuntos en la Tierra, ya sabe.

—¿Por qué me lo pone tan fácil?

Smith respiró profundamente y Jobert vio por primera vez una chispa de expresividad en sus ojos.

—Porque yo daría cualquier cosa por volver a Titán.

IX

Sobre la tumba, Krispi había colocado una sencilla lápida, lisa y sin ninguna inscripción. Helena se acercó hasta ella, con el pequeño ramo de flores en la mano, y lo depositó sobre el frío mármol blanco vetado. El sol artificial, en todo su esplendor, arrancaba brillos y reflejos de la superficie y Helena notaba que sus gafas oscuras apenas protegían sus sensibles ojos. Se había puesto un incongruente vestido ligero y de vivos colores, como si quisiera dar a la ceremonia un aire de alegría.

—No sé quién eres —dijo en voz baja—. Cualquiera de los veinte pequeños que tenáis que vivir una aventura única. Ya no la viviréis, pero...

Se echó a llorar sin poder evitarlo. A su lado, en el suelo, lamiéndose con paciencia las patas, *John Lee* prescindió de sus sollozos para dedicarse exclusivamente a su función. El silencio era total, salvo por una o dos chicharras que, en la artificial hora de un mediodía de verano, se llamaban una a otra con apremio.

Helena arregló las flores con un gesto y luego se alejó por el estrecho camino, con las manos a la espalda y la cabeza baja. Aún sentía las lágrimas correr por sus mejillas. Al llegar a uno de los coquetos y pequeños cenadores se sentó en la silla de mimbre y encendió la pantalla situada en la mesa frente a ella.

—Magnus.

—Sí, Helena.

—¿Está todo listo para la operación?

—Krispi ha modificado su programa y se ha convertido en un aventajado tocoginecólogo. He puesto en servicio otro androide como auxiliar de quirófano. Mi programa médico está a punto y el quirófano, listo y chequeado.

—¿Eso es un sí?

—No, Helena. Falta elegir al donante.

—Lo sé. Ponme lo que tengas filmado de los seis presuntos donantes.

Todos ellos le eran conocidos. Unos más que otros. «Hasta ahora he actuado como un científico —se dijo—, ahora actuaré como una mujer».

Se quedó dormida, arrullada por el lejano discurrir del agua y las chicharras, y la despertó un tacto húmedo y cálido en la cara.

—¡*John Lee*, por Dios!, no me gusta que me lamas.

El gatito se lanzó al suelo y corrió velozmente por el camino. El sol artificial estaba muy atenuado y el reloj de pulsera marcaba casi las siete de la tarde, y se suponía que era principios de otoño. Caminó de prisa detrás de *John Lee* y de pronto se encontró en una de las zonas más oscuras y desconocidas de Bio-2. Era una zona boscosa en la que, por lo que sabía, no había grandes depredadores, por supuesto, aunque sí algunas parejas de zorros e incluso nutrias en alguno de los cursos de agua. Fue demasiado tarde. Le volvió a la mente la idea del zorro cuando oyó un aullido

ahogado, un revoloteo feroz entre la espesura y un chillido truncado.

—¿*John Lee*? —gritó, súbitamente asustada.

Corrió todo lo que pudo por el camino, pero no vio ni oyó nada. Llamó otra vez al gatito hasta que creyó oír a su espalda un gruñido.

—¡Estás ahí! —murmuró. Corrió hacia el interior de la espesura y recogió al gatito del suelo. El sol artificial estaba ya muy atenuado y la rodeaba la oscuridad. Aquella parte de Bio-2 había sido pensada como un bosque espeso, con escasos matorrales en el suelo y árboles de grueso tronco y espeso ramaje. *John Lee* boqueó en sus brazos y Helena vio el hilillo de sangre que salía de su nariz.

—¡No, no! —murmuró.

Se derrumbó llorando sobre el suelo húmedo, sujetando todavía el gatito entre sus brazos. Fue como si todo el sutil y débil entramado de su vida se hubiera venido abajo. La leyenda que había tejido en torno a ella y a su vida solitaria y condenada. Lloró sin una pizca de consuelo, hasta que todo pareció dar vueltas a su alrededor y sintió que la oscuridad la rodeaba por completo.

Lo primero que vio fueron las dos grandes y redondas células fotoeléctricas de Krispi mirándola desde un palmo de distancia. La iluminación era la habitual en la nave desde que se había quedado sola, adecuada para una sensible albina, y el aire olía a desinfectante.

—¿Dónde estoy?

—En el quirófano. Es la hora —dijo la voz de Magnus.

—¿La hora?

—De tu inseminación.

Helena se puso en pie trabajosamente. Por un momento vio su reflejo en una de las bruñidas superficies metálicas. Efectivamente estaba en el quirófano, con las cámaras listas, el material quirúrgico junto a ella, Krispi con guantes acolchados, el nuevo LST del todo indistinguible del primero.

—¿Qué me ha pasado?

—Una hiperventilación a causa de tu llanto. Has perdido el conocimiento y Krispi te ha traído hasta aquí.

—Ya.

Recordó de pronto a *John Lee* y tuvo ganas de llorar de nuevo.

—Llevamos una hora y diez minutos de retraso sobre el horario previsto —informó Magnus.

—¡Cállate! —ordenó Helena secamente—. ¿Dónde está *John Lee*?

—El gato ha muerto —dijo la voz de Magnus.

—¿El virus?

—Sí, Helena.

—Sella la Biosfera-1.

—No es conveniente, Helena. El virus ya está en el aire de la nave y si sellas la biosfera, tendrás problemas de agua y alimentación.

—¿El virus sobrevive en el agua?

—No tengo constancia.

—¡Dios! —Helena sollozó—. ¡Qué voy a hacer!

—Te recuerdo que corres peligro de hiperventilación —dijo la voz de Magnus.

—¡Déjame llorar! —gritó.

—Lo siento, Helena. Acaba de llegar una comunicación de Titán.

Helena, llorosa, no respondió.

—¿Me has oído, Helena?

—Te he oído. Acaba de depurar el mensaje. Y... está bien. No selles la biosfera.

La persona que apareció en la pantalla era un hombre entrado en años, más o menos bien parecido, con el pelo castaño e incipientes patas de gallo en los ojos. Helena se acomodó y se dispuso a escuchar atentamente. Cada vez más, los mensajes desde el lejano sistema solar le servían de terapia y de descanso, hasta tal punto que se había acostumbrado a ver varias veces el mismo. No entendía por qué le enviaban mensajes tan de tarde en tarde, aunque seguramente tenía algo que ver con la enorme complejidad que implicaba la distancia y la aceleración.

El hombre saludó con la mano.

—Magnus. No me llega el sonido.

—Un momento.

—Me llamo Jean Jobert —dijo la imagen de la pantalla tras unos instantes—. Soy periodista de diversas agencias, dedicado desde hace tiempo a los planetas exteriores. Desde luego usted no me conoce, pero se podría decir que tenemos un amigo común, el señor Victor Marek. Lamento comunicarle que murió hace ahora tres años, en Australia, como siempre había sido su deseo. Decía que su paisaje era parecido al de su Marte natal, pero pasado por agua. Eso decía. Se preguntará qué hago yo aquí hablando con usted —Helena se lo preguntó a sí misma—, y es difícil de explicar. Los que tienen poder para ello me han autorizado a decirle la verdad, que básicamente se reduce al hecho de que la gran operación llamada Alpha Centauri se canceló hace más de veinte años. En realidad, cuando se supo que la tripulación había sido víctima del virus LGX, aquí todo el mundo pensó que no era posible la supervivencia de una sola persona y que la nave iba a viajar vacía por el espacio. Todo el mundo, salvo unos pocos, perdió la confianza en algo que era el futuro de la humanidad. Los que quedaron hicieron simulaciones por ordenador para determinar cuál iba a ser el futuro de la nave. En unas, los animales se adueñaban de toda la nave, en otras fallaban los sistemas vitales y toda vida desaparecía. Incluso hubo una

simulación en la que usted, de un modo suicida, provocaba la destrucción de la *Yuriatin*.

Helena se quedó un momento pensativa acerca de esa posibilidad.

—... siempre creyó que nada de eso iba a funcionar de esa manera, que usted sobreviviría. El señor Marek confió ciegamente en usted hasta el último momento y él me contó toda la historia de la *Alexander Yuriatin*. Si todo fue cancelado, se preguntará usted qué hago yo aquí. No la aburriré con explicaciones, pero finalmente he viajado a Titán desde la Tierra para poder tener esta... llamémosle conversación. No sé qué conseguiré con esto, tal vez que se remueva otra vez el proyecto Alpha Centauri o tal vez no consiga nada, pero al menos lo habré intentado. No existe infraestructura en Titán para el soporte de Alpha Centauri, pero han mantenido este reducido centro de comunicaciones como parte de un radiotelescopio enfocado hacia Alpha Centauri y NW17. La última noticia que existe aquí de usted es que estaba preparando su inseminación artificial. Eso es de hace... más de tres años del sistema solar, de la vez que habló usted con la doctora Van der Lubbe, que por cierto le manda sus recuerdos desde su nuevo destino en la superficie del satélite. Calculamos que en la *Alexander Yuriatin* habrán pasado aproximadamente dos semanas —Helena asintió imperceptiblemente— y es posible que ya haya efectuado usted la operación. Sepa usted que, desde lo más profundo de mi corazón, deseo que tenga éxito, aunque conozco los peligros y las limitaciones de lo que usted ha hecho o está a punto de hacer. Voy a permanecer en Titán seis meses más, eso quiere decir que tiene usted un día para contestarme, si nuestros cálculos no andan errados. Si hay un error, usted sabrá calcular el margen y contestarme. Aquí me aseguran que el maldito efecto Doppler y la contracción del tiempo, el efecto Kaplan, tienen resultados que no han podido ser correctamente mensurados todavía, pero yo confío en que usted me esté escuchando, en que Magnus sea capaz de poner esto de modo inteligible. Quiero enviarle también un saludo del señor Smith. Usted no le conoce, pero él también ha tenido mucho que ver con toda esta historia, y sobre todo quiero enviarle recuerdos de Victor Marek. —Helena sintió que las lágrimas afloraban de nuevo a sus ojos—. Aquí somos muy pocos los que sabemos que Helena Vlasova sigue luchando, pero le aseguro que todos deseamos conocer a ese niño albino. Que tenga mucha suerte.

—El test ecomicroscópico ha dado negativo, Helena. No estás embarazada —dijo Magnus.

Helena aún estaba sudorosa después de pelear contra desagües obstruidos y goteos que no funcionaban en Biosfera-1. «Tengo que poner en marcha más LST agrícolas», se dijo.

—¿Eso es determinante? —preguntó malhumorada.

—Al noventa por ciento. Aunque falta hacer el test hormonal.

—¿Cuándo podemos hacer otra inseminación?

—Cuando quieras. Tenemos reserva para dos más con el mismo donante. Y después te quedan cinco posibilidades con cuatro intentos cada una.

—Sí. Aunque... Magnus.

—Sí, Helena.

—No hemos tenido en cuenta mis días fértiles.

—He seguido fielmente tus instrucciones.

—Pero no hemos tenido en cuenta mis días fértiles. ¿Lo tengo que prever yo todo?

Magnus no contestó. Al fin y al cabo sólo era una máquina.

—Prepara otro intento. Ya.

Helena notó de nuevo el frío intenso que penetraba en ella. La imagen de sí misma en la gran pantalla, con una resolución perfecta, le había permitido efectuar ella misma la operación, con una seguridad casi absoluta. A su lado, Krispi lo había observado todo, si es que podía llamarse así a su presencia rígida con las células fotoeléctricas fijas en sus piernas separadas. Le dieron ganas de preguntar abruptamente a Krispi: «¿Qué miras?».

—¿Ha ido todo bien, Magnus?

—No hay datos negativos. La inyección de esperma ha alcanzado su objetivo.

—Apaga la pantalla.

A pesar de ser la tercera vez que efectuaba la misma operación, Helena se sentía igual de extraña. Cerró los ojos y dejó volar su imaginación hacia el hombre del que, si todo iba bien, se iba a quedar embarazada. Era muy rubio, segunda generación de nacidos en el sistema de Júpiter, y de origen finlandés; apenas si le había conocido en las primeras reuniones, cuando el personal seleccionado iba creando sus propios grupos de afinidad. Nunca había sentido, ni remotamente, una atracción por él. En realidad no recordaba haber sentido una especial atracción por ninguno de los tripulantes de la nave.

—Magnus, pon algo de música.

Se dejó llevar por unas notas suaves y trató de fijar en su memoria a Nils Andersen, el hombre que iba a ser el padre de su hija. «Porque será una niña —pensó—. Y la debería llamar Eva, madre del género humano. Porque ella será la madre de un nuevo género humano».

—Magnus, si da positiva la ecomicroscopia, ¿cuándo podrás hacer el test?

—Los primeros rastros de HCG podrían encontrarse dentro de unos doce días.

Helena se acomodó de nuevo, todavía en la incómoda postura con las piernas separadas apoyadas en el sillón ginecológico. Respiró hondo y empezó a fantasear con la presencia de un nuevo miembro de la tripulación. «Debería prepararme para su

educación —pensó—, estudiar psicología infantil, pedagogía, incluso música o pintura para poder enseñarle. Y biología...». Se aterrorizó nada más pensar en la cruda realidad. «Si no es albina, no sobrevivirá».

—Magnus. ¿Hay rastro del virus?

—Sigue presente en el aire. No he podido determinar su origen.

—¿Has analizado el agua de las biosferas?

—Por supuesto. No hay rastro.

—¿Hay noticias de Titán?

—No, Helena. Ya debes de haber absorbido todo el líquido seminal. Puedes dejar esa postura.

—Esperaré un poco más.

—Como quieras.

—¿A qué distancia estamos del sistema solar?

—Es difícil saberlo.

—Inténtalo.

—Probablemente del orden de sesenta mil millones de kilómetros. Intento calcularlo en tiempo real, pero es difícil... Las ecuaciones de Kaplan no parecen responder bien.

—Sí, ya sé.

Helena se levantó y se quedó de pie un instante, mirándose a sí misma. Sintió un ataque de pudor ante Krispi y su ayudante y se puso los pantalones. Luego volvió a tumbarse en la misma postura.

—Magnus, pon en marcha dos LST especializados en agricultura.

—De acuerdo, Helena.

—¿Cuándo me vas a decir algo?

—En un par de horas.

X

La nave *Huygens* era básicamente un gran contenedor capaz de almacenar millones de toneladas de metales, tungsteno, iridio y titanio principalmente. Su tripulación se reducía a dos docenas de técnicos que, en tres turnos hibernados, habían gobernado los sistemas de la nave en el largo regreso a la Tierra. En cuanto a pasaje, la capacidad era muy notable, pero en los cuatro viajes y medio que llevaba completados nunca había llevado más de cincuenta personas, atendidas por una veintena de androides LST de servicio. Jean Jobert era uno de los cuarenta y seis que aquel día de agosto, según el calendario de la Tierra, iban a desembarcar dentro de un mes en el planeta madre.

Hacía sólo unos días que el pasaje había sido despertado de su sueño de treinta y dos meses, muy reducido comparado con los treinta y seis o treinta y siete de otros viajes, y todavía necesitaban largas sesiones con un psicólogo y programas informativos para hacerse cargo de ese paréntesis en sus vidas.

La gran nave había dejado la órbita de Marte hacía dieciséis meses y su velocidad se había reducido notablemente para preparar su llegada a la órbita terrestre. De hecho, Jobert no se interesaba demasiado por aquellas cuestiones técnicas, sino más bien por recuperar, poco a poco, la memoria congelada de sus últimas semanas en el sistema de Saturno. Los seis meses en Titán habían conseguido el efecto contrario al esperado; al embarcar en la *Huygens*, había pensado que un viaje de aquellas características conseguiría hacer de él un verdadero hombre del espacio, pero, paradójicamente, le había disparado una claustrofobia inesperada de la que había tenido que tratarse médicamente antes de la hibernación. «¿Cómo debe de ser entonces estar condenado de por vida? —se preguntaba todavía—. Para siempre, metido en una nave espacial rumbo a... ¿adónde?».

Jobert había salido de Saturno sin conseguir su propósito: un mensaje desde la lejana nave *Alexander Yuriatin*, o al menos se había dormido con esa impresión. Esos pensamientos ocupaban la mente de Jean Jobert mientras buscaba tranquilamente su camarote en la inmensa cubierta dieciséis de la nave y oyó su nombre por los altavoces.

—Soy Jean Jobert —dijo a la atenta azafata.

—El comandante González quiere verle en su camarote. Si es usted tan amable.

—¿El comandante de la nave quiere verme?

—Sí, señor.

Se trataba de una cabina curiosamente sobria, incluso para las costumbres espaciales, y el hombre de uniforme que le tendió la mano le dio la impresión de ser una persona amable, aunque con el inquietante aspecto del hombre del espacio, de piel muy blanca, ojos claros y ademanes extraordinariamente lentos.

—Siéntese, señor Jobert —dijo el oficial—. Espero que su vuelta al mundo de vigilia haya sido satisfactoria.

—Sí, lo ha sido, aunque he de confesarle que aún estoy un poco desconcertado.

—Eso es normal. A veces se tardan días en recuperar el estado normal de la mente. Luego uno no sabe si tiene lagunas de memoria o si realmente no ha vivido durante unos meses. ¿Una copa de vino?

—No gracias, mi cabeza... —murmuró Jobert, y el comandante sonrió.

—Le entiendo —contestó—. Bien, entonces vayamos al asunto que nos ocupa. El día siguiente a su hibernación, el dos de abril exactamente, recibió usted una comunicación de Titán calificada de alto secreto.

Jobert sintió un estremecimiento.

—Las normas no permiten recuperar a una persona hibernada en ningún caso, pues podría tener graves problemas de salud, y evidentemente hemos tenido que esperar hasta este momento.

—Lo entiendo.

—Le puedo asegurar que la comunicación ha permanecido encriptada y sellada todo este tiempo, amparada por las leyes interplanetarias y del gobierno de la Tierra. Y ahora, en este momento —dijo el comandante, alargándole una fina tarjeta transparente—, le hago entrega del mensaje con la garantía de que no existe copia alguna en los archivos informáticos de la nave ni ha sido enviada ni leída.

En la intimidad de su cabina, Jobert colocó el mensaje en el lector y se sentó frente a la pantalla, como si fuera a asistir a un momento crucial en su vida. De hecho, cuando ya había perdido toda esperanza, sintió que todo aquello tal vez había valido la pena. «Veamos pues», se dijo.

—Buenos días, señor Jobert. —En la pantalla estaba Hoffman, el jefe de comunicaciones de Titán—. Debo suponer que aún está usted despierto, pero aunque no sea así, le remito la comunicación que hemos recibido desde la nave *Alexander Yuriatin*. La calidad no es muy buena y hemos hecho lo que hemos podido. Espero que le sea útil. Para todos nosotros ha sido muy importante su estancia y este resultado, y esperamos que usted lo valore así también. Gracias.

Y allí, en el gran monitor cuadrado, había una mujer joven, inquietantemente bonita, blanca como un elfo; parecía brillar en la pantalla con sus cejas y su cabello como nieve al sol, sus ojos oscurecidos, probablemente con lentillas, sus labios pálidos y una expresión que a Jobert se le antojó la más dulce que había visto nunca.

—Espero que siga usted ahí —dijo una voz fuertemente metálica—. La verdad es que su mensaje me pilló en un mal momento. He valorado seriamente la posibilidad de poner fin a mi vida. De hecho, oír sus palabras ha tenido el efecto de... al menos aplazar esa decisión. Voy a darme una oportunidad, una nueva oportunidad. Todavía no he efectuado la operación para la que me he estado preparando, ya sabe. Ahora lo

que queda es miedo, un gran miedo porque la soledad... es tan inmensa... —Jobert creyó ver una lágrima—. No estoy segura de que valga la pena, pero... siempre había querido tener un hijo, así que ¿por qué voy a cambiar de idea ahora? Cuando reciban esta comunicación, lógicamente, ya lo habré hecho y entonces sólo me quedará esperar. No me he atrevido a hacer ninguna manipulación genética para asegurarme de que voy a engendrar un hijo albino. Es curioso, de haberlo hecho en circunstancias normales, lo hubiera hecho, pero para que no fuera albino. Y ahora, si es albino, resulta que tendrá una oportunidad... porque el virus sigue vivo en el aire. No sé cómo van las comunicaciones ahí, pero Magnus me ha advertido de que la calidad baja rápidamente y que con toda probabilidad se perderá la señal en un futuro muy próximo, digamos para mí en menos de un mes, para ustedes... no lo sé. Aquí todo se hace diferente, se empieza a distorsionar incluso mi tiempo, mi propio tiempo. Los relojes siguen marcando sucesión de días y noches, horas, minutos, segundos, pero no les encuentro el sentido. He adquirido notables conocimientos de medicina y ahora intentaré obtenerlos de genética y de veterinaria. Creo que me serán útiles. Y tal vez de psiquiatría... Eso si mi decisión momentánea se convierte en permanente. Gracias, señor Jobert, gracias por comunicarse conmigo y gracias a ese misterioso señor Smith del que me ha hablado y gracias también a Victor Marek, el mejor amigo que he tenido nunca, aunque él ya no las pueda recibir. Supongo que vuelve usted a la Tierra tal y como me dijo. Si es así, quiero que haga algo por mí. Vaya a ese torrente, donde quiera que esté, y ponga unas flores en su tumba en mi nombre. Le deseo que tenga usted un buen viaje. A mí ya sabe dónde encontrarme...

La pantalla le ofreció el rostro consternado de Rocard, el editor jefe de la cadena de televisión NWC. Jobert sentía que le tenía bien agarrado por el cuello y que era su oportunidad, una oportunidad que no iba a dejar escapar.

—Todo lo relativo a Alpha Centauri es alto secreto, seguridad —decía Rocard—. ¿No lo entiendes? No se puede hablar de eso.

—¿Quieres decir que en los diccionarios y en los catálogos estelares se le ha cambiado el nombre? ¿Cómo le llamamos ahora?

—Quiero decir, Jobert... ya sabes a lo que me refiero. ¡Y olvida tu irritante sentido del humor! La operación Alpha Centauri fue cancelada y todo lo relativo a ella es alto secreto.

—Eso ya me lo has dicho, pero no te he pasado ninguna información. En realidad no tengo ninguna información que pasar. Sólo te he pedido una audiencia con la Comisión Espacial.

—¡Ya sé lo que me has pedido! Y la respuesta es no. Porque me van a preguntar para qué y no quiero ir a la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel. Tengo amigos y esto es un asunto muy gordo.

—Oye —gimió Rocard—. Te faltan tres semanas para llegar a la Tierra. ¿Por qué no lo hablamos cuando llegues? Estas conversaciones a distancia son un horror.

—Pídeme la cita, ¡maldita sea! Luis, ¡pídeme la cita! Me lo debes. Te he pasado informaciones que no tienen precio.

—Eso es un golpe bajo.

—Nada de eso. Quiero esa entrevista. El proyecto Alpha Centauri está vivo, ¿lo entiendes? Jodidamente vivo.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó el joven funcionario moreno, elegante y escrupulosamente afeitado.

—Usted lo sabe, señor Takei —dijo Jobert, frunciendo el ceño—. La teniente Vlasova está viva y la nave *Alexander Yuriatin* está siguiendo su ruta hacia Alpha Centauri. He recibido su mensaje.

—Ha contravenido usted el acta de secretos oficiales, señor Jobert.

—No me joda, señor Takei, y perdone la expresión. No soy de esos que pierden los estribos fácilmente, pero este asunto me está alterando. Ustedes saben que Helena Vlasova vive y yo lo sé y probablemente mucha otra gente también lo sabe. No se puede mantener un secreto indefinidamente y más cuando no es práctico. ¿Qué necesidad hay de mantenerlo en secreto? ¿Un fracaso?, ¿hace más de veinte años?, ¿a quién le importa? El proyecto Alpha Centauri puede revitalizar a todo el sistema de Saturno. Todo el sistema puede funcionar como una gran antena, como una gran base cósmica, impulsar la investigación en comunicaciones sublumínicas. Se puede pensar en una nueva nave, desarrollar nuevos motores o nuevos sistemas de impulsión más poderosos. No me creo que esté ante tanto miope, señor Takei. Es nuestra oportunidad de dar un salto cualitativo. Helena Vlasova es nuestra avanzadilla en el espacio.

—Una avanzadilla destinada a desaparecer, señor Jobert. ¿Cuánto va a vivir? ¿Cien años? ¿Ciento veinte? Eso sin contar que puede perder la razón, enloquecer de soledad. No tiene futuro, lo lamento. No queremos que la Tierra sufra con ella por algo que no tiene sentido.

—Le estoy oyendo y no me lo puedo creer —masculló Jobert, furioso, poniéndose en pie—. Está intentando una fecundación artificial. Se está comportando como una auténtica heroína, luchando por algo que ustedes no se merecen. Podrían ayudarla, podrían hacer que utilizara la clonación; ella no es una experta, pero ustedes pueden convertirla en una experta, pueden hacer que esa maldita nave reviva. Sólo es cuestión de tomar decisiones. ¿Usted representa a la Comisión Espacial? Permita que lo dude. Usted representa a la Iglesia del siglo XIV.

El portazo de Jobert dejó solo a Iziburo Takei, miembro de la Comisión del

Espacio, con una media sonrisa y un cigarrillo camino de sus labios. Se acomodó en el magnífico sillón de cuero y dijo en voz alta:

—¿Lo ves? Más vale que empecemos a movernos rápido o este asunto nos va a estallar en las manos.

—De acuerdo —respondió una voz. La pared se iluminó con la imagen de un hombre maduro, de uniforme—. Entonces ha llegado el momento. Pongamos en marcha Alpha Centauri Dos, pero ya sabes cuál es tu parte en el plan.

—Lo sé. Y te dije que lo aceptaba.

—La expedición está lista y tu nombramiento, sobre la mesa del consejo del miércoles. Se ha fletado la nave *Adventure* con todo lo necesario y estará lista para salir dentro de dos semanas. Te llevarás a lo mejor del mundo científico y, desde luego, a expertos en clonación y en fecundación artificial.

—¿Lo saben en Titán? —preguntó Takei.

—Lo sabrán. Por el momento sólo el equipo de comunicaciones está al tanto. El delegado del Gobierno aún no, pero te aseguro que le dará algo cuando le comunique los planes.

—Va a ser una revolución.

—Desde luego, Iziburo, y hemos apostado mucho por ella.

Helena se despertó con una profunda sensación de paz. Intentó por todos los medios recordar qué estaba soñando, pero por más esfuerzos que hizo no lo logró, aunque era evidente que debía de ser algo agradable. Se levantó trabajosamente, en tres tiempos; primero se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, al cabo de un minuto apoyó los pies en el suelo y, finalmente, se puso en pie. Dio unos pasos con cierta torpeza hacia el gran espejo de cuerpo entero y se quedó mirándolo con curiosidad. Krispi, vigilante y silencioso, se retiró con suavidad y pareció observarla con la misma atención que lo hacía ella.

—Helena —dijo la voz de Magnus—. ¿Quieres café, té o chocolate?

—Que sea chocolate. Y melindros.

—También un zumo y un yogur —añadió Magnus.

—No quiero yogur.

—Debes tomar yogur —insistió Magnus.

—¿Cómo me ves? —dijo Helena, poniéndose de perfil.

El vientre se le destacaba redondo y tenso, como si quisiera avanzar y salirse de ella.

—Con el vientre voluminoso —dijo Magnus sin pizca de humor.

—Pues yo me veo muy bien.

—Tus constantes vitales son excelentes.

—¿Y mi estética?

—No entiendo qué quieres decir.

—Krispi, esa máquina infernal no entiende nada. ¿Hay algo de Titán?

—Nada, Helena.

Tras el desayuno, Helena se metió en el ascensor. Al cabo de unos instantes estaba en el largo corredor, en la maqueta, o la autopista, donde hacía ya casi diez meses jugueteaban una veintena de niños. Inició su paseo matinal con un cierto dolor en las pantorrillas y una pesadez que la obligaba a estirar la espalda hacia atrás. Krispi, siempre callado, la seguía muy de cerca y Helena notaba su presencia como si el aire le transmitiera sus leves vibraciones.

De lo más profundo de sí misma le salió una canción infantil y se puso a tararearla. Al momento, una música suave, la misma que ella cantaba, llenó el espacio.

—Gracias, Magnus. Al fin y al cabo sí entiendes algo.

En los antiguos rincones con bancos para parejas a lo largo del corredor, Helena había hecho que Krispi los retirara y colocara grandes macetas. Al pasar junto a una de ellas respiró hondo, disfrutando del olor de la tierra mojada y de la clorofila.

—Helena. Han muerto varios animales más. Tres concretamente, pero la variedad que les ataca va perdiendo fuerza.

—¿La otra sigue en el aire?

—Está presente y la concentración es semejante. Estoy trabajando en el cultivo.

Helena dio unos pasos más, se sentó con cuidado en el suelo y se tapó la cara con las manos.

—Helena, deberías chequear el feto. Es necesario saber...

—¡No es necesario! —gritó furiosa—. Haz ese maldito cultivo. Cuando lo logremos, enviarás los datos a Titán, ¿me entiendes?

—Te entiendo.

Iziburo Takei no acababa de acostumbrarse a la Estación Espacial de Titán. No es que hubiera estrecheces, no más que en muchas ciudades terrestres, pero por alguna razón era perfectamente consciente de estar flotando en el espacio en una estructura metálica a trescientos kilómetros sobre la superficie del satélite. Cuando caminaba por un pasillo, no podía dejar de pensar que tras la pared no había nada, salvo el vacío infinito. También por eso se sentía algo incómodo con los desenvueltos nativos de los planetas exteriores, de piel casi transparente y ademanes tranquilos. La gravedad y la densidad del aire eran tan semejantes a la terrestre que casi nadie, salvo él, notaba la diferencia. Desde su llegada a la estación, al frente del primer equipo de Alpha Centauri Dos, la mayor parte del tiempo lo había pasado despachando tediosos asuntos burocráticos. Atribuciones, reglamentos, organización y mil y un detalles para sentar las bases de lo que a partir de entonces iba a significar la Estación

Espacial y todo el sistema de Saturno. La reticencia del delegado del Gobierno había sido sólo anecdótica, y como buenos funcionarios se habían puesto de acuerdo rápidamente. No se iban a cerrar minas, pero se pondría en marcha una nueva ampliación de la estación en cuanto llegara de nuevo la nave *Huygens* con todo lo necesario, y las obras en Japeto serían exclusivamente para la nueva antena interestelar proyectada hacía años.

De hecho, Takei era partidario incluso de trazar planes a largo plazo para que el sistema de Saturno fuera sólo una base de comunicaciones y una estación de tránsito. Político, ingeniero de estructuras espaciales, sociólogo y algunas otras cosas más, lo que no tenía Iziburo Takei era demasiado don de gentes, y desde luego sabía muy poco de reproducción humana.

Por eso cuando le citaron para la reunión con la corte de biólogos y expertos en clonación y reproducción, se sintió súbitamente desnudo, como si le hubieran pillado en falta. Iziburo Takei llevaba años preparándose para el momento en que la operación Alpha se reanudara, pero nunca había pensado en aquel aspecto totalmente inesperado.

La sala, como todo lo construido en Titán, era sorprendentemente amplia, o era sólo una sensación, como si realmente no hubiera problemas de espacio. La fiebre por el metal bruñido y el plástico de los años anteriores había ido decayendo y todas las instalaciones empezaban a tener un aspecto más acogedor, más terrestre, con imitación de madera, imitación de arpillera, imitación de paisajes y otros tantos detalles que a Takei, terrestre de vocación, y de nacimiento, le producía el mismo efecto que unas uñas rascando sobre una pizarra.

Dos mujeres y dos hombres le esperaban en la sala, con diferentes grados de expresividad que iban desde la sonrisa de Janet Blanckenstein hasta la expresión adusta de Erik Grobe, pasando por las caras neutras de Monique Prissen y Ben MacAlister. De todos ellos, Takei sólo conocía personalmente a la doctora Blanckenstein y ella fue la encargada de hacer las presentaciones. El hecho de acudir allí como jefe del proyecto Alpha Dos no hacía que Takei se sintiera más seguro, y desde luego no parecía impresionar a sus interlocutores.

Sensible, Iziburo notó la vibración preponderantemente negativa de la sala. Al fin y al cabo eran el grupo de reproducción humana de la Universidad de Heidelberg, el más avanzado del sistema solar en esa materia, autores del estudio colectivo sobre la «Alternativa de desarrollo humano», es decir, de la clonación como posible alternativa a la reproducción natural. «Casi dioses», le había dicho alguien.

—De hecho, no lo consideramos una reproducción antinatural —le advirtió Monique Prissen nada más aludir a la fecundación artificial.

—¿Ah, no? —Se extrañó Takei—. ¿Quiere usted decir que no le podemos llamar reproducción artificial?

—Es usted libre de llamarla como quiera, señor Takei, pero todo lo que está contenido en la naturaleza es natural.

Takei no dijo nada ante la evidente tautología.

—Dejando aparte esa cuestión... filosófica —dijo el profesor Grobe—, parece evidente que la clonación es absolutamente necesaria en el caso que nos ocupa. ¿O todavía vamos a discutir eso?

—No. En absoluto —atajó Takei—. En realidad esta reunión es pura y simplemente para que decidamos cómo se lo vamos a comunicar a la comandante Helena Vlasova. Como ya saben, ella ha tomado la iniciativa de fecundarse, llamémosle artificialmente, para entendernos...

—Lo que probablemente no tendrá éxito —dijo Prissen.

—Es posible, pero también cabe la posibilidad de que salga bien y la comandante Vlasova tenga un bebé libre del virus. Si es así, ella tendrá el premio a sus esfuerzos y estará más dispuesta a colaborar.

—¿De verdad cree eso? —dijo la voz cavernosa de Grobe.

—Por supuesto —sostuvo Takei.

—No esté tan seguro. Pero, aun así, ¿y si fracasa? —insistió Grobe.

—Yo estoy de acuerdo con Takei —dijo de pronto Ben MacAlister. De todos los presentes era sin duda el más prestigioso. Sus trabajos sobre clonación habían dejado atrás a toda la comunidad científica, pero paradójicamente seguía manteniendo la conveniencia de dejar en libertad a los seres humanos para reproducirse sin intervención de los laboratorios. «La ciencia es para ayudar —decía—, nunca para coartar al ser humano».

—¿En qué le apoya exactamente, doctor? —insistió Grobe.

—Creo que hay que apoyar a esa mujer en sus decisiones. Está muy por encima de nosotros. ¿No lo ven? Tal vez tenga éxito o tal vez no. No importa. Pero ella toma las decisiones. Démosle alternativas.

—La única alternativa es obtener óvulos de la comandante, libres de melanocitos, y clonarlos con células de ella misma —afirmó Prissen.

—También podríamos aconsejarle la fecundación in vitro y la selección de embriones con hipopigmentación —intervino Blanckenstein.

—O que repita su propia inseminación y analice después si el embrión es o no albino —intervino Grobe.

—¡Me he perdido! —exclamó Takei.

—Quiere decir que la comandante podría volver a autofecundarse e interrumpir el embarazo si el embrión no es albino —aclaró Grobe.

—Eso es una barbaridad —dijo Prissen—. No lo aceptará.

—Pues indiquémosle que lo mejor es la fecundación in vitro, externa —expuso Blanckenstein con voz pausada—, y una selección de embriones albinos.

—Recapitulemos, si les parece —apuntó Takei, tratando de ordenar sus propios pensamientos—. Tanto si falla su autofecundación como si no, podemos decirle que el riesgo de fracaso es importante y que es mejor la fecundación in vitro o la clonación. ¿Cierto?

—Cierto —corroboró MacAlister—. De hecho, tenemos preparadas ambas alternativas con todo detalle. En menos de un año, la comandante estaría en condiciones de llevar a cabo cualquiera de ellas. Prácticamente lo haríamos nosotros desde aquí. Ella sería algo así como nuestra mano de obra.

—Si el actual embarazo de la comandante sale mal, va a ser muy difícil convencerla de que lo vuelva a intentar —sentenció la doctora Blanckenstein.

—Será imposible —remachó Prissen.

—Les recuerdo que la iniciativa ha sido de ella —discrepó Takei—. No se va a desanimar fácilmente. Debemos estar preparados para ambas contingencias.

—Creo firmemente en la clonación. —Grobe subrayó sus palabras con gestos firmes—. Es la mejor opción y la más eficaz.

—Estoy de acuerdo —convino Prissen.

—¿Doctora? —inquirió MacAlister, dirigiéndose a la doctora Blanckenstein.

Ésta asintió.

—Muy bien —sentenció MacAlister—. Propongamos pues a la comandante que fecunde sus óvulos con núcleos celulares de su hijo o hija, en el caso, naturalmente, de que sea albina. El albinismo será dominante y, combinado con los óvulos de ella, nos dará prácticamente la seguridad de que el embrión obtenido carecerá de melanocitos. Si quiere desarrollarlos en su útero, eso es algo que ella misma debe decidir. Pero le ofreceremos la posibilidad de hacer una multifecundación in vitro y posteriormente un desarrollo en incubadora.

—No sé si... —apuntó Blanckenstein con voz queda.

—Diga, doctora —le dijo Takei.

—No hemos contemplado los aspectos éticos o psicológicos.

—Hay muchos estudios psicológicos sobre los efectos de la clonación continuada —apuntó Grobe.

—Lo sé —insistió Blanckenstein—. Pero todo es teoría. Hasta el momento sólo hemos trabajado con casos aislados. Numerosos sí, pero aislados. Ahora estamos poniendo en práctica el desarrollo sistemático de una población basado en la clonación. Y todo depende de la comandante Vlasova, de su psicología concreta. Y no olvidemos el desarrollo posterior de la posible colonia.

Hubo un silencio.

—Explíquese —le urgió Takei.

—Vamos a crear individuos idénticos, masculinos y femeninos. Algo más que hermanos, pero el impulso sexual existe y...

—¡Doctora, por favor! —exclamó Grobe.

—Es mi opinión —añadió Blanckenstein.

—No es nuestra función establecer principios éticos —insistió Grobe—, sino dar una solución al proyecto Alpha Dos. Si alguien quiere iniciar una discusión ética, sugiero que levantemos la reunión y se convoque un comité de... filósofos.

La doctora Blanckenstein enrojeció y Takei pensó que él, si fuera la doctora, hubiera matado a Grobe.

—No conozco a la comandante Vlasova, es decir, ninguno de nosotros la conoce. ¿Cree usted Takei que aceptará?

—Lo aceptará —afirmó Takei convencido—. No querrá pasar de nuevo por la incertidumbre. Entenderá que la clonación es la mejor salida. Si su fecundación sale bien, tendrá un hijo, o una hija, alguien a quien proteger. No querrá admitir la posibilidad de que el próximo sucumba al virus.

—¿Y qué hay del virus? —inquirió la doctora Prissen.

—Se está estudiando —confirmó Takei—. Si la comandante nos remite información, podremos trabajar en su eliminación. Ahora lo importante es adoptar una decisión. ¿Le aconsejamos la clonación?

La propuesta se aprobó por unanimidad, pero Takei, al salir de la reunión, se llevó una duda. Si fracasaba el embarazo actual de Helena Vlasova, ¿sería ella capaz de volver a intentarlo aunque se tratara de un clon?

La noticia de que había una transmisión desde la nave *Alexander Yuriatin* sorprendió a Iziburo Takei en el mejor de los sueños. Lo primero que hizo fue ordenar que despertaran a los cuatro doctores. «Que la vean —se dijo—. Es la mejor manera de que se comprometan de verdad».

Mientras corría hacia la sala de comunicaciones, le asaltaron más dudas. Nada le garantizaba que la comandante Helena Vlasova siguiera viva y receptiva cuando el mensaje de respuesta que él debía enviar saliera hacia los confines del espacio. «Es su responsabilidad, señor Takei», le habían dicho sus superiores de la Tierra. Y eso parecía algo incuestionable. Debía informar a Helena Vlasova de que el proyecto estaba en marcha, de que la noticia se había difundido por todo el sistema solar y de que ella era ya algo más que una heroína para la raza humana. Eso y toda una suerte de detalles técnicos sobre taquiones como método de comunicación, sobre proyectos de construir una nueva nave y sobre experimentos biológicos para descubrir los secretos del LGX y conseguir neutralizarlo. Y sobre todo información sobre el plan de clonación. «Comandante, ¿quiere ser usted la madre del género humano camino de Alpha Centauri?». Takei hubiera querido encomendarse a algún dios.

A pesar de su temple habitual, Takei sentía que era un manojito de nervios. Nunca había establecido contacto con alguien en aquellas condiciones, y menos con una

mujer a quien todos los boletines informativos, los periódicos y los medios de comunicación en general llamaban la «madre del género humano». «¿Por qué yo? — se dijo Takei—. Siento que no estoy a la altura».

—Adelante, señor Takei —dijo Tyler, sustituto del jubilado Hoffman como jefe de comunicaciones—. El mensaje aún está llegando, pero ya hemos depurado toda la primera parte. Cada vez entendemos mejor el efecto Kaplan. Dentro de poco podremos tener relojes comparativos con la aceleración incorporada...

—De acuerdo. ¿Aquí?

—Sí. En esta pantalla. Aún no hemos visto nada, así que es una primicia — aseguró Tyler—. Han venido bloques de datos numéricos también. Informaciones, experimentos. Eso se analizará posteriormente.

En silencio, los doctores Blanckenstein, Prissen, Grobe y MacAlister tomaron asiento cerca de las pantallas.

—Bien. Cuando quiera —dijo Takei.

Como si se tratara de un antiguo cine, las luces de la sala cedieron en intensidad. Esta vez eran casi medio centenar las personas que iban a ver el mensaje de la nave *Alexander Yuriatin*. Takei lo había querido así porque si algo apreciaba en su trabajo, era la verdad y la transparencia. La pantalla de un intenso azul se oscureció, se iluminó luego suavemente y en ella apareció el rostro de Helena Vlasova. Nadie la había visto nunca, algunos ni siquiera en grabaciones o fotografías, y allí estaba, con sus grandes ojos cubiertos por lentillas oscuras, su cabello casi blanco, recogido en un moño, y sus labios finos, incoloros. En sus brazos bullía un pequeño ser blanco como un armiño, con el pelo transparente de tan dorado y los ojos plácidamente cerrados. En la sala no se oyó ni un susurro cuando la voz, ligeramente metálica, dijo desde la profundidad del espacio:

—Hola. Soy Helena Vlasova, comandante de la nave *Alexander Yuriatin* en ruta hacia Alpha Centauri. Les presento a mi hija Eva. Tiene dos meses de edad y es albina.

FIN

Barcelona, verano de 2011